ESPAÑA

Y EL EXTRANJERO

ESTUDIOS, COMPARACIONES
Y FRANQUEZAS LITERARIAS Y POLÍTICAS
DE UN COSMOPOLITA

POR

Ernesto Bark

La política y los políticos.—La literatura y la prensa.
¿Alemania-Francia?

MADRID
Biblioteca de la Spanisch-Deutsche Revue
SAN LEONARDO, 5, DUPLICADO
Comissionär fürs Ausland, G. Hedeler in Leipzig
1888

ESPAÑA Y EL EXTRANJERO

ESPAÑA

Y EL EXTRANJERO

ESTUDIOS, COMPARACIONES
Y FRANQUEZAS LITERARIAS Y POLÍTICAS
DE UN COSMOPOLITA

POR

Ernesto Bark

La política y los políticos.—La literatura y la prensa.
¿Alemania-Francia?

MADRID
Biblioteca de la Spanisch-Deutsche Revue
SAN LEONARDO, 5, DUPLICADO
Comissionär fürs Ausland, G. Hedeler in Leipzig
1888

Es propiedad del autor.

MADRID
Imp. de La Publicidad, Valenzuela, 6.
(Junto á la puerta de Alcalá)
1888.

PRÓLOGO

Esta obrita es una deuda de un publicista y cosmopolita que ha vivido seis ó siete años en España y que por cariño á este hermoso país se cree obligado á hablarle como se habla á un amigo, con lealtad y franqueza y sin las venalidades lisonjeras que suelen decirse por quienes luego y á espaldas calumnian al que antes elogiaron.

No trato de caer en tal defecto, porque estimo y quiero á los españoles, entre los cuales conozco mucha gente seria, á la que interesa saber lisa y francamente la impresión que ha hecho esta España de hoy en el cerebro de

un publicista extranjero, acostumbrado á observar *al natural*, y que no se satisface, como la generalidad de los autores de libros de viajes, con reproducir antiguos lugares comunes á propósito del país ó de la nación que visitan.

—¿Y por qué nos dice usted esto?—preguntarán.

He nacido para publicista y esta es contestación suficiente. El publicista no puede sufrir que se hagan las cosas de un modo que á él no le parece bien sin protestar y dirigir ataques continuos contra lo que estima abuso ó defecto. Somos los polizontes ó inspectores generales que metemos la nariz en todas partes; y la verdad es—aunque nos haga favor—que sin nosotros ya no podría marchar el mundo moderno. El exterminio nuestro—aunque el Mesías esté con nosotros—sería la desgracia más grande para la civilización, que quedaría estéril, como el globo sin los rayos del sol. Quiero deciros en vuestro propio idioma—pues el inglés, el ruso y el alemán no lo entendéis, y el francés no me gusta hablarlo—lo que me parece bien ó mal, y decirlo de tal modo

que reconozcáis mi imparcialidad y prometáis enmienda.

Y por cierto que puedo contar más que la mayor parte de los españoles de su propia patria; primero, por haber visto otros muchos países; segundo, por ejercer una de las más honrosas, y por cierto en España más despreciadas, profesiones, que es la del publicista; tercero, por no tener las preocupaciones nacionales de los españoles, ni de los alemanes, ni de los rusos. Gracias á mi nacionalidad de livonés, reuno, como Dios las tres personas Padre, Hijo y Espíritu Santo, las tres nacionalidades: la alemana etnográficamente, la rusa políticamente (y por desgracia) y la española por afición y amor; y por último, gracias á lo siguiente:

¡Quién no habrá admirado á su novia radiante de alegría y de felicidad, foco de las miradas codiciosas de los jóvenes, encantar á todos con una sonrisa de ángel y palabras de santa! Pero desgraciado el cándido que sobre este fundamento construya la felicidad de su hogar y de su porvenir. Voy á daros un consejo, jóvenes que queréis

cumplir legalmente el mandamiento que dió Dios á Abraham y sus descendientes de multiplicarse, y es: vestirse de mendigo, y con este disfraz visitar la casa de su prometida. En vez de lujo, belleza y tranquilidad, encontraríais una escalera *sucia*, los rincones llenos de telarañas, oiríais voces chillonas y ¡ay de vosotros! al mismísimo ángel vuestro sin haberse peinado, con un vestido todo lleno de manchas, abrochado con alfileres, en vez de botones, y convertida en furia terrible, objeto de espanto para las criadas y de disgusto para los padres y parientes, la que antes parecía una santa.

Este disfraz me ha enseñado mucho. La sonrisa del mundo oficial no ha borrado de mi memoria la impresión de tristeza al ver la escalera sucia y los rincones de telarañas.—¡Mentira, engaño!—Sin embargo, en prueba de la mucha fe, y la fe supone cariño y amor, que me inspira España, voy á escribir esta obrita, cuyo fin es contribuir á que desaparezca la mentira y se castigue el engaño, para que la sonrisa del ángel sea verdad y las palabras

santas y sinceras. Si no tuviera fe y amor á España me callaría ó escribiría alguna de esas sandeces lisonjeras que tanto halagan á ciertos patriotas, por cierto muy *cursis*.

I

La política y los políticos

El profeta español.—El parlamentarismo.—Necesidad de grandes pasiones para purificar el aire.—Bismarck, Gambetta, Kiupotkin Luisa Michel y Castelar.—¡Las inconsecuencias!—Sagasta.—Contra el extranjero.—¡Somos las más guapas!—La tauromaquia y la cortesía.—Los extranjeros en España.

¡Sólo Alah es grande y Cánovas su profeta..... en España!

¡Cuánto admiro al príncipe de Bismarck, por su orgullo de feudal teutón, por su fiera independencia del solitario de su tiempo en Varzin y su inimitable soberbia! Sangre é hierro..... el odio le ha hecho grande: una señora rusa gritó al pasar el entonces embajador prusiano en San Petersburgo por el

patio de su casa y ser acogido por los ladridos de un perro: ¡Señor, no mordáis al pobre animal!

El odio es el gran móvil del universo; y una de las muchas mentiras de Castelar ha consistido en decir lo fuera el amor. ¿Qué sabe de eso el pobrecito si nunca recibió inspiraciones amorosas de una bella dama? Bien lo dijo el gran orador británico Beakonsfiel en su novela autobiográfica, que «los hombres públicos no son tan potentes como parecen por ser responsables.» Nosotros, obscuridades anónimas, sólo disfrutamos el amor irresponsable, y sabemos que nos arruina el bolsillo y nos aumenta el apetito.

Heráclito, el obscuro, era de mi opinión respecto á este punto; el universo le parecía un odio eterno. Verdad; los hombres públicos que se dejan guiar por el amor están perdidos..... sí, ¡perdidos! Los grandes hombres son luchadores tan implacables como Cánovas al apostrofar á sus adversarios en las batallas de las Cortes, y terribles como él cuando pronuncia sus célebres «no es exacto.»

También se compaginan con este odio, con esta lucha implacable los dulces gemidos del arte amoroso, cual los históricos sonidos de la flauta del Gran Federico de Prusia, que exhalaban por las noches suspiros melodiosos después de los horrores de las grandes batallas que ganó contra los aliados austriacos, rusos y franceses. Verdad es que no hay otro testimonio de los sentimientos artísticos de aquel mónstruo de estratégicos sino la charla siempre sospechosa de sus cortesanos. Si nos hubieran sido transmitidos y conservados por el fonógrafo, ó si hubiera brillado como poeta lírico, creo que no le admirarían tanto, porque nosotros los críticos literarios somos más severos con los grandes que los cortesanos.

Siempre he sido admirador sincero de D. Antonio, y esto me ha valido demasiadas disputas y riñas con mis colegas españoles de la prensa por mis aficiones antoninas. Para que mi entusiasmo se enfriara un poco, creía preciso que le visitase en su magnífico hotel; y me ocurrió como á Enrique Heine, que habiendo hecho el camino de Göttin-

gen á Weimar á pie, sólo para ver al gran Göethe, y habiendo preparado durante el largo camino un discurso completo á propósito del gran poeta, no le supo decir nada más sino que «los chorizos en Göttingen eran tan sabrosos como los de Weimar.» Me contaba Cánovas su viaje al Rhin, y parecíame oir versos; así es que cuando llegué á mi casa escribí un inspirado artículo, diciendo que él había viajado con el pseudónimo del conde de Ramón..... y Ramón era su ayuda de cámara. ¡El gran Cánovas me perdonará! El entusiasmo es enemigo de la verdad.

¿Será Cánovas el Bismarck de España? En las aficiones reaccionarias se asemejan desde luego, y ambos están firmemente convencidos que la humanidad sin reyes es un rebaño sin mansos. Pero Cánovas nunca ha sabido hacer de la política exterior la palanca de la interior; partidario de un quietismo absoluto, en cuanto á la política extranjera, no podrá dar nunca verdadera transcendencia á sus proyectos interiores. El gran secreto de los éxitos de Bismarck es haber comprendido la di-

námica entre ambas políticas, y comunicar siempre nuevos impulsos á su nación en reformas políticas y sociales, inspirando al patriotismo y ennobleciendo y fortaleciendo las energías en las grandes luchas por la supremacía en Europa.

Los grandes ideales, las temerosas rivalidades y continuas luchas enaltecen á las naciones, como el acero de la hoja del cuchillo se endurece con el fuego. Mientras que la Roma antigua tuvo enemigos que vencer, fué grande, y con sus enemigos desapareció su grandeza. Cánovas ha predicado siempre á su nación la pasividad, ora dirigiendo su voz contra las patrióticas ambiciones de Juan Prim hacia la tierra prometida de España, ora oponiéndose á que su patria tomara parte en las grandes luchas, cuyo teatro es Europa entera y el Oriente, buscando alianzas y participando en las glorias de los grandes rivales. Sin grandes riesgos no hay grandes ventajas, y para llevar á una nación á la grandeza es preciso tener arrojo.

Sin duda el sabio del gabinete no

siente la brisa fresca del nuevo día de la era moderna; la luz de la lámpara no ilumina los horizontes del porvenir. Para lanzar á su nación hacia estos senderos gigantescos y peligrosos no vaciló el feudal teutón en entregar á las masas el arma de dos filos del sufragio universal, y Cánovas, el hijo del pueblo, se opone á que una nación esencialmente democrática, se vigorice y fortalezca bajo estos impulsos instintivos, que parecen la voz de Dios y que empujaron á la Europa á buscar el progreso que brotaba del sepulcro de Jerusalem, y que siempre han sido la ola poderosa que llevaba consigo la civilización y el progreso.

No hay que engañarse; y creo que no habrá español que conozca la política y los políticos de su país que no convenga conmigo en la imposibilidad de seguir el camino del parlamentarismo viciado de la actualidad sin arruinarlo moral y económicamente por completo. ¿Necesito para esto explicaciones? Creo que entre nosotros no las necesitamos, y si alguien las exigiera le complacería, aun á despecho mío, dejando la res-

ponsabilidad del efecto desfavorable que hicieran en el extranjero al provocador respectivo. Estamos como Italia en el siglo XIV y XV, y á merced de los *condottieri;* el casco de hierro se ha cambiado en el frac ó la levita, esta es la diferencia. Y no digo nada más del asunto; cubrámoslo con un velo espeso, y limitémonos á pensar cómo remediar el mal.

Y no se me diga:

«¡Hombre, el sistema parlamentario engendra en todas partes abusos é irregularidades! Mire V. á Francia, á Italia, á Hungría, y hasta observe lo que ocurre en Rumania y Servia para convencerse de ello.»

Es indudable; cada sistema político tiene sus inconvenientes; y no hay forma de gobierno perfecta en absoluto, aunque el gobierno parlamentario me parezca á mí de todos el menos malo. Sin embargo, Italia misma nos da la prueba irrefutable, que á pesar de esas mismas dificultades de la descomposición de los partidos políticos y del excesivo personalismo, la nación aumenta en bienestar material y moral, y ha sa-

bido alcanzar una influencia internacional poderosa y un prestigio envidiable en el extranjero, que redunda en provecho de la colectividad y de todos los italianos que tengan intereses fuera de su patria.

¿Y cómo ha conseguido Italia esto?

Gracias á un glorioso movimiento de independencia; gracias á esta irrupción instintiva de la pasión patriótica, que hoy aún sigue las vibraciones en todo corazón italiano y ahoga la voz de la codicia, del egoismo y de la ambición desenfrenada al tratarse de la suerte y de la grandeza de su patria. A través de los miasmas de pudredumbre humana surgen los rayos de esta pasión santa que purifican el aire.

La historia nos enseña en caracteres enrojecidos por la sangre de miles de víctimas, que las situaciones viciadas, las atmósferas cargadas de miasmas de pudredumbre y de desmoralización provocan las explosiones radicales más horribles si no encuentran salida en grandes empresas nacionales, que pongan en juego las fuerzas sanas del pueblo y ahoguen los instintos viciados en

un grito de patriotismo. Napoleón III, el vencido de Sedán, cuya derrota ha sido motivo insuficiente para disminuir sus cualidades de hombre de estado de grandes miras y planes y de profundos conceptos, comprendió esta verdad indiscutible, y demasiado lo comprende hoy la inteligencia limitada del *último de los czares de la casa Romanof*. Alejandro III ha comprendido que la fatalidad, la situación interior de su imperio le arroja contra las bayonetas alemanas y austriacas, si no quiere morir ignominiosamente, como Luis XVI de Francia, ó buscar el refugio cobarde en tierras extrañas.

Con esto no digo que España tenga delante una alternativa tan desastrosa, ni hay necesidad de desviar las energías nacionales hacia grandes ideales, ni tampoco hay peligro de que estalle una de estas revoluciones fundamentales que se ahogan en sangre y llenan el país de ruinas. La miseria económica y el marasmo moral irreparable sólo llevan á estas tempestades terribles, y aún no hemos llegado aquí hasta tal punto. Todavía podemos alcanzar el

bien por el camino de reformas pacíficas. Pero la grandeza no se alcanza por este camino; el prestigio que España gozaba en el siglo XVI y XVII no podrá reconquistarse de este modo, y así no llegará á ser una gran potencia en el concierto europeo, á pesar de que en la actualidad las naciones elevan á la categoría de embajadores los plenipotenciarios en esta Corte y de que los presupuestos de las Embajadas españolas en Berlin, Londres, Roma, Viena y Petersburgo se han nivelado con el de París, donde España sostiene una Embajada de primera clase.

Pero qué, ¿no es un mérito insigne haber asegurado á su nación muchos años de paz interior y haberla dejado enriquecerse materialmente? Sin embargo, el mérito es grande aunque negativo.....

Repito lo dicho: ¡grande es Alah y Cánovas su profeta! Desafío á todos á que me demuestren que él no es el hombre público más eminente de España. Y hago esta afirmación aunque corra el peligro mi imparcialidad y la sospecha se levante, como repetidas ve-

ces ha sucedido contra mí, de que fuera reaccionario por convicciones ó por temperamento. ¡Yo, reaccionario! ¡El ex nihilista, que morirá maldiciendo la barbarie de los czares y glorificando el recuerdo de Sheliabof y compañeros de martirio por la causa justa! Verdad es que no me comprenderán en España, y acaso creerán que tengo predilección especial por la dinamita ó por el hacha del campesino, que pronto, acaso el año que viene, hará faenas terribles en el gran imperio moscovita, al lado de las cuales parecerán las crueldades de 1791 juegos de niños inocentes. Sólo aseguro que si Sagasta hubiera nacido en Rusia, ya le hubieran ahorcado hace veinte años (sin embargo, es una dicha que casi alcanzaba también en España); Castelar estaría fresco en Siberia, y hasta sospecho que á Cánovas le mirarían de reojo, cual revolucionario latente y probable, y hubiera *redactado* en cualquier *Manzanarof* un *Manifiesto á la nación rusa*, y estaría ahora en Siberia ó conmigo en la emigración.

Sé muy bien que la declaración

franca de mi admiración, por cierto desinteresada, no teniendo intención de pedirle á D. Antonio una credencial de 30.000 reales de ex ministro, ni siquiera una recomendación para un pariente ó amigo, porque estoy decidido de morir publicista ó ministro, que es el último capítulo del mismo libro, no me la perdonará nunca el vecino de la calle de Serrano, que modestamente se llama el primer orador del mundo.

He oído muchos oradores celebradísimos, desde Bismarck y Gambetta hasta el anarquista el príncipe Krapotkin y Luisa Michel. Me tacharán de partidario secreto del petróleo, aplicado como medicamento universal para curar las miserias y desdichas humanas, si confieso que los dos últimos me han parecido los más eminentes en materia de retórica. Si Bismarck habla, no son sus argumentos, sino lo imponente de su carácter lo que hace impresión. De aquí el que alcanzara lo mismo haciéndolo por escrito ó remitiéndolo por telégrafo, porque su palabra por sí no tiene gran importancia. Gambetta impresionó á las muchedumbres

porque era su eco; lo que ellos sentían instintivamente él dijo en palabras claras y fáciles: fué el intérprete consciente de las corrientes inconscientes de su país. Nunca ha sido creador de nuevas ideas y nunca se ha impuesto á su auditorio por su palabra; al revés, fué siempre impotente cuando quiso imponerse, y sufrió derrotas verdaderamente escandalosas, dejándose arrastrar por su despecho á injuriar al mismo público cuya aprobación y aplauso hubiera alcanzado con sentidas frases de agradecimiento. Cuando la riqueza y la monopolización de la influencia política le impidieron identificarse con las muchedumbres, su palabra perdió su poder, tanto en los meetings públicos como en el Parlamento.

Quien no ha visto el mágico poder que ejerce el anarquista Krapotkin sobre los que le escuchan, no lo creerá; es el fanático que ruge contra un mundo enemigo, fascina y convence con su dialéctica fina, apoyada en ejemplos sacados de la realidad, que se dirigen al sentido común. Es el que se impone á los oyentes, que consigue hasta que

el absurdo parezca verosímil y posible. Su elocuencia será una palanca terrible para los comunistas rusos, si alguna vez hacen ensayos sobre las ruinas del absolutismo de los czares. Algo de esto puede decirse de la célebre anarquista francesa, con la sola diferencia que sus estrechos horizontes intelectuales sólo sirven para imponerse á las masas embrutecidas por la miseria, que la aplauden cuando les habla de venganza y del milenario comunista.

¿Y Castelar? Ha sido un gran orador-artista. Los grandes éxitos corresponden al estético, al poeta-orador, al ruiseñor que canta las armonías del universo, que mira el mundo por el prisma del amor y cubre las contradicciones y las insuficiencias de su optimismo con las flores y perlas de hermosas imágenes y comparaciones poéticas. Repito *ha sido,* pues hoy es una de estas bellas ruinas que cubren las orillas de nuestro Rhin, invitando á la admiración y á poesías elegiacas sobre lo pasajero de todo lo grande. A Castelar ya no se le puede oir sin sentir una angustia continua, como la que se sien-

te al ver á un acróbata cuyas fuerzas ya no alcanzan á sostener sobre su cabeza grandes pesos de hierro que amenazan aplastarle. Su voz, una vez tan armoniosa que le permitió hacer los períodos más complicados y ampulosos, está hoy gastada, y en vez de llegar á las alturas de la sublimidad, se ahoga en unos sonidos guturales, propios de un desgraciado que lucha con la asfixia. El efecto producido en mí, y le he oído repetidas veces en discursos celebrados por sus amigos y aduladores como sublimes, fenomenales, etcétera, etc., ha sido un efecto penoso por lo insuficiente de sus medios vocales en la actualidad, y si no me hubieran afirmado personas de toda mi confianza que antes su voz ha sido prodigiosa, dudara de la legitimidad de su fama. Sin embargo, la hermosura femenil, los actores, cantantes y oradores no pueden nunca impunemente prescindir del tiempo que les impone desistir de nuevos triunfos. En vista de las limitadas condiciones de su órgano, son los gestos suyos en general monótonos y amanerarados, verdaderamente anties-

téticos, y llegan á ser feos cuando principia uno de sus largos períodos grandilocuentes, que requieren pulmones de primera fuerza, y que ya no posee. Sus manos cortan en rápido movimiento vertical el aire, y ambos brazos se levantan poco á poco hasta llegar por cima de su cabeza al final del período, acompañando de este modo la voz, que sube, sube, hasta llegar finalmente á uno de los sublimes gritos algo teatrales, pero de mucho efecto en esta clase de oratoria. Desgraciadamente, no llega su voz á estas sublimidades, sólo se oyen sonidos inarticulados, guturales, y se ve dos brazos gesticulando, como pidiendo socorro, entre los cuales se apercibe una cara hinchada y encendida por los esfuerzos de los pulmones.....

No creo en verdad que Castelar estudie sus discursos delante del espejo, porque tengo formada una opinión muy favorable de su gusto exquisito, y de hacerlo así, hubiera notado y corregido el mal efecto que produce. Tampoco creo en la autenticidad de las anécdotas respecto á su supuesta vanidad; por ejemplo, lo de que quisiera ser la no-

via en una boda y el cadáver en un entierro—hay gustos que.....—y otros por el estilo, porque entonces pusiera más cuidado en conservar su fama universal, legítimamente adquirida en mejores días.

Respecto al político, es un compromiso para la nación, porque los aplausos al gran poeta, el agradecimiento á la celebridad universal que levanta el prestigio de España ante el mundo, redundan en desprestigio, en cuanto á la madurez y seriedad política del país, por lo imposible de trazar límites que determinan dónde principia el entusiasmo al orador, al poeta, al gran idealista, y dónde el aplauso al político, al hombre de Estado, desprestigiado por sus propias inconsecuencias, vencido por una soldadesca brutal y huyendo al fin de su carrera política al campo monárquico, para no ser la primera víctima de las mismas pasiones é ideales que ha desencadenado, y á las cuales ha dedicado toda su vida. En efecto, no habla muy bien en favor de la política española el papel que en ella representa Castelar, el federalista ayer,

el centralista á *outrance* hoy y el monárquico mañana, si no se opusiera á ello su amor propio ó si pudiera ser el rey. ¿Qué confianza se puede tener en una persona de tamaña volubilidad y en una inteligencia que tan poca fijeza manifiesta en sus convicciones? ¿Qué hombre de Estado es éste que hace durante muchos años la propaganda para los ideales federalistas, y levantado al poder, en virtud de estos ideales propagados, cuyo símbolo representaba, comprende en el poder que se ha equivocado y emprende desde luego derroteros opuestos? ¿Qué garantía hay de que cuando llegara al poder, en virtud de sus actuales opiniones posibilistas, comprendiera, en frente de los ataques de los demócratas de verdad, que su país encontrara la dicha en aquel momento dado en la vuelta de la Monarquía? ¡El momento dado! ¡Qué bonita frase para justificar las apostasías de todo género! Porque siempre hay la disculpa de que las circunstancias de hoy ya requieran otros procedimientos é ideales que el día de ayer.

En esta crítica de las inconsecuen-

cias del gran tribuno no quiero decir nada contra los cambios bruscos y fundamentales que se observan en la política actual española y que tanto se ha criticado. Un país que pasa rápidamente del ultramontanismo de Isabel II al gobierno republicano, y de aquí por el doctrinarismo de Cánovas al radicalismo de la tendencia liberal del gobierno de Sagasta, no puede encerrar sus aspiraciones en aquellas estrechas iglesias que en Inglaterra se llaman *Wighs* y *Torries*, y que allá ya no significan más que nombres sin sentido. Los ideales modernos rompen el camino por otros derroteros; bien lo decía el 6 de Septiembre de 1873 D. Nicolás Salmerón: «Que el ideal democrático ha roto, por fortuna, el estrecho molde de los partidos políticos antiguos. Los partidos políticos, en un régimen democrático, no son estas iglesias estrechas y cerradas que atan y ligan á los hombres, quienes desde el momento que en ellas se afilian, hasta el momento en que espiran, han de pensar lo mismo y jurar en sus dogmas y venerar á sus pontífices. No, ciertamente;

esto sucede solamente en la organización monárquica constitucional, donde no ponderándose todos los elementos y todas las fuerzas sociales por el libre organismo de la igualdad que dentro de la democracia se afirma y se sostiene, es necesario apelar á un equilibrio mecánico donde se contrapesan de esta manera artificiosa, que no artística, las fuerzas y los intereses sociales; pero en el espíritu democrático, en el régimen verdaderamente republicano, la organización de los partidos es tan cambiante, y debe serlo, como son las situaciones políticas.»

La historia no sólo justificará que tantos republicanos hayan acatado la monarquía democrática de la restauración, sino creo que les contará esto en título de honor, porque más meritorio es sacrificar el amor propio y reconocer los errores, poniendo sus fuerzas é influencias al servicio de su nación, en vez de retirarse en el egoismo de la vida privada, conspirando activa ó pasivamente contra la paz y la estabilidad de la patria. Además, es la distancia entre la democracia republicana y mo-

nárquica bastante más honesta que entre el centralismo y el federalismo, *siempre en la condición que los móviles de las inconsecuencias hayan sido desinteresados, patrióticos.*

Mirando desde esta altura á los políticos españoles, me parece que España peca por ingrata hacia ellos, y ellos mismos entre sí se lanzan incesantemente recriminaciones infundadas y encaminadas á desprestigiar al país y á sus instituciones en los ojos del extranjero, olvidando sin duda que la reputación de los hombres públicos de una nación es gloria ó desprestigio de ésta. Ni las clases directoras ni el vulgo se han hecho cargo en España que *vivimos en una época eminentemente cosmopolita,* donde la dicha y el bienestar de las naciones están unidos por sinnúmero de lazos con el mundo exterior, con el extranjero, y que necesita estudiar cuidadosamente el efecto que produce fuera lo que se dice y hace dentro del país. ¿Necesito entrar en detalladas explicaciones respecto á estas relaciones innumerables de carácter intelectual, comercial, financiero, etc., etc.?....

Creo esto innecesario y demasiado largo. Lo que importa no es este afán contraproducente de ocultar las interioridades de la política ó quererlas presentar bajo una luz demasiado favorable que he remarcado frecuentemenmente tratándose de extranjeros, y tampoco me refiero á la reserva que recomendó D. Antonio Cánovas en su discurso del 26 de Octubre de 1887 en el Casino conservador contra los extranjeros. El misterio instiga la curiosidad y la reserva sistemática, disgusta y afila las plumas para describir con más punzante acritud las flaquezas que se presenten. Que no se olvide el elemento *personal* en esta cuestión, que en todas cosas influye mucho. La psicología, tan abandonada en los colegios y universidades, es la ciencia más útil para la vida, y especialmente para políticos es la ciencia por excelencia. ¡Qué hiciera Sagasta si no fuera psicólogo tan acabado! Todas sus argucias y habilidades y toda su dialéctica punzante no le hubieran llevado á la cómoda butaca del Presidente del Gabinete, sin por esto disminuir sus relevantes dotes de

parlamentario y hombre de estado, y creo que además de esta intuición natural que distingue á los grandes conocedores del corazón humano, habrá adquirido la psicología durante los largos años de conspirador y de bohemio-publicista, que sólo le harían merecedor de las simpatías de todos los publicistas y conspiradores del mundo.

He simpatizado mucho con Sagasta á primera vista, y creo que su expresiva cara y su sardónica sonrisa me han cautivado, pues en la obra principal de Göthe siempre me ha gustado mucho el tipo de Mefistófeles; las Margaritas no me gustan en teoría, ó sea en la escena; soy demasiado práctico. Por esta simpatía no me he acercado á este Ayax de la política española, para no perder mis ilusiones y para no verme atadas las manos, ó mejor dicho, la pluma, que me impidiera darle palizas en periódicos ó escritos. Y un publicista prueba su cariño á una persona por los ataques que dirige contra él; porque siempre sirven y enaltecen los ataques á un hombre público más que las alabanzas, entre otras razones, porque

siempre son más sinceras y entusiastas que las primeras. Cuando creí ingénuamente en el milenario republicano—ahora ya estoy desilusionado, como casi todos los republicanos españoles,—ví en D. Práxedes el Mesías de la democracia española; y hasta me ocurre á menudo la duda de si sus antepasados no fueron de la misma raza que el fundador del Cristianismo, porque encuentro muchos rasgos característicos de los semitas en este insigne hombre público español.

¡Cuánto talento necesita para regatear á los cabecillas y caciques todopoderosos los favores y las credenciales demasiado escasas, á pesar de aumentarse cada año económico, para contentar á todos los pretendientes que desinteresadamente quieren colmar la nación con la dicha de ser los administradores de su hacienda! Y hay entre ellos quienes son tan espléndidamente desinteresados, que por gratitud de darles la posibilidad de hacer dichosa á su patria regalan palacios enteros, cual Montecristos idealizados. ¡Y aún hay españoles que dudan de la integridad de

los padres de su patria, que afirman que los abismos de sus inconsecuencias se llenan con montañas de oro!....

Las intrigas y las calumnias no inspiran por cierto el criterio del extranjero, ni se deja mixtificar por las reservas recomendadas por Cánovas, aunque algunas veces fija su atención en la vida particular de los prohombres españoles, admirando los *chateaux d'Espagne* de algunas damas elegantes y atando cabos que tal vez no pueden juntarse. Lo esencial es el bienestar del país, la facilidad de comunicaciones, la prontitud é imparcialidad de la justicia y todo lo que contribuye directa ó indirectamente á la dicha de una nación; pero no debe olvidarse el momento indicado *personal,* que se refiere al trato que se dispensa en España á los extranjeros, y respecto lo cual pudiera decir muchas cosas que parecerán extrañas á muchos españoles y que suprimo aquí para que no parezca que hablo *pro domo*. Únicamente digo que en todas partes he observado una verdadera antipatía contra todo extranjero, y que la cortesía—fruto del amor pro-

pio nacional—con la cual se recibe á los extranjeros de distinción, se convierte en indiferencia y hostilidad en el acto que se apercibe que el extranjero no había venido para gastar su dinero en España, sino que pretende ganarse la vida por su trabajo honrado, haciendo la competencia á los hijos del país. Y no digo que esto ocurra sólo en España, lo mismo sucede en Francia y Rusia, como consecuencia del defecto común de estos tres países: un amor propio nacional desproporcionado al mérito efectivo y una corriente poderosa de preocupaciones contra el extranjero en general ó contra naciones extranjeras determinadas.

Sin embargo, imposible para los extranjeros es discutir con los españoles sobre asuntos de política exterior, si España está interesada en la cuestión. Raya en monomanía la admiración que profesan á todo lo que ha hecho ó sido de su patria. Sólo rivaliza esta vanidad con la ignorancia respecto á todo lo de fuera de su país. Cuando Sagasta y Cánovas hicieron la plancha con motivo del conflicto por las Carolinas, Sagasta

por sus descabellados gritos de guerra y Cánovas por el abandono en que estuvieron los asuntos diplomáticos, tuve frecuentemente ocasión de reirme de esta cómica exageración de sí mismo.

A todos les parecía muy natural que un marinero español sobrara para cuatro alemanes.

—¡Pero, hombre de Dios!—contestaba yo,—¿en qué funda V. esto? ¿Cree V. que yo, por ejemplo, no me atrevería con cualquiera de Vds.?

Y el hombrecito valiente, que apenas me llegaba hasta los hombros, me miró extrañado.

—Mire V.—le dije,—tan fuerte y robusto como yo son la mayor parte de los alemanes; sin duda somos una raza más fuerte, físicamente, que la española.....

—Pero nuestros héroes, que conquistaron el mundo.....

—A cada héroe español corresponden, lo menos, dos héroes alemanes; pues la historia de Europa, desde la decadencia del imperio romano, no es otra cosa que la historia de la supre-

macía de Alemania en el mundo civilizado.

Mi interlocutor no comprendió ni una jota. Supremacía de Francia después de la de España, eso sí; pero de Alemania.....

Lástima; en España se llama historia universal un poco de historia antigua, un poco de historia de Francia, desde 1789, é historia patria. Entre mil españoles licenciados, apenas habrá uno que comprenda el por qué del título *Imperio Romano de lengua germana*, que este imperio fué la continuación del imperio antiguo de los Césares de Roma y que los emperadores eran alemanes. El último de los Habsburgos que llevaba la corona de este imperio la depositó en el año 1806, y dos generaciones más tarde fué otra vez restituído el prestigio al imperio alemán por Bismarck, Moltke y Guillermo de Hohenzollern. La continuación de la supremacía alemana en Europa desde la caída de Roma, es ignorada por completo en España, donde sólo se ve el paréntesis pasajero de Napoleón I, y aun se cree

que Alemania fué grande bajo Carlos I, por ser éste rey de España.

Que les diga un español lo que España ha sido en la historia y lo que la unión con Alemania significaba para ella. Cánovas escribe con la franqueza que le caracteriza:

«No ha habido grandeza para nosotros sino en los días de la monarquía austriaca, y siempre entenderán los hombres, cuando se habla de la decaída España antigua, que tratan de lo que heredó Carlos I, y comenzó á desmembrarse en manos de su biznieto el IV Felipe. Ni antes ni después de aquella época ha sido otra cosa España que un rincón del continente europeo, más ó menos unido, mejor ó peor gobernado; pero aislado, de todas suertes, é incapaz de disputar siquiera el primer lugar de las naciones. Los reinados de la casa de Austria son el apogeo mismo de nuestra historia.»

Lo que ocurre en política imitan las mujeres. Cuántas veces he oído de labios de hermosas españolas decir con encantadora franqueza: ¡Somos las mujeres más guapas del mundo!

Confieso de cometer una asnería en dar buenos consejos, porque la gente no quiere dejarse arrebatar las ilusiones, aunque sean ridículas. ¿Para qué decir á una mujer que no es la más encantadora?

Mal me ha comprendido quien creyera que no fuera susceptible de las grandes dotes y perfecciones de las españolas; pues gracias á ellas he quedado en España, y gracias á ellas aprovecha el lector de las franquezas que sólo yo le digo.

Y vaya un párrafo sobre lo *eterno femenino,* y sin duda bien se presta en el capítulo de la política y de los políticos, siendo conocida la influencia que ejercen sobre ella y ellos.

Primero, declaro solemnemente que cada nación tiene la mujer perfecta..... para ella. El esquimo en Laponia encuentra su dulcinea más dulce que todas las demás. *De gustibus non est disputandum.*

Segundo, creo que cada puchero encuentra su tapadera, y los hombres de cada nación forman el ideal femenil á su gusto.

Tercero, que cada época tiene su gusto femenil especial y levanta á los cuernos de la luna la mujer de la nación que más corresponde á este gusto; de modo que los Nerones y los magnates rusos tienen aficiones parecidas, siendo *la española* tanto en moda bajo Nerón y sus sucesores como hoy día en Rusia.

No obstante, confieso que para mi gusto individual prefiero á la española, entre otras razones, por el arrojo que la distingue y por lo indescriptible que tanto me encanta y que sólo puede compararse al soplo fresco de hojas verdes y hierbas aromáticas de una selva virginal..... ¡Olé, que viva!

El capítulo *amores* suele ser más largo en la biografía de los españoles que en la de los hombres septentrionales. La razón principal consiste en las costumbres ociosas, y el amor, que en otras partes es una tempestad que sacude todo el sér profundamente y después hace lugar á la calma serena, es aquí un pasatiempo, como el dominó, naipes ó juegos por el estilo; y en la sociedad de esta capital de la moda

todo es regulado, de tal suerte, que tener una querida bonita es tan indispensable como en otros países tener un caballo bonito. En fin, no quiero decir con esto que la sociedad española esté desmoralizada. No; el vicio español es más sano y natural que el vicio en Francia é Inglaterra, y esto prueba la mayor moralidad de las costumbres. Lo que se desarrolla excesivamente por esta influencia de enaguas, es el espíritu quijotesco, que hace tres siglos cuadraba bien á los gomosos de antaño, y hoy día, en medio de nuestro siglo nivelador, donde ya no hay distinción entre los ociosos y los que trabajan, me parece siempre muy ridículo. De ahí las valentías y las disputas y esta manera fanfarrona que se extiende de asuntos individuales á las cuestiones políticas internacionales.

¡Valiente! ¡Caballero!

Estas dos palabras tienen mucho prestigio entre españoles por las mencionadas enaguas ilegales; las legales ejercen una influencia opuesta. Sin embargo, he encontrado que en general se trata á las señoras en España con

menos fineza y cortesía que en otros países, como por ejemplo en Francia, Alemania, Inglaterra, etc., y frecuentemente he sido testigo de verdaderas descortesías hacia señoras. ¿Qué diría el público en cualquier pueblo francés ó alemán si los caballeros no hacen asiento á una señora cuando ésta entra en un tranvía, encontrándolo todo ocupado? Y yo he visto repetidas veces varios señores, y entre ellos gomosos y *caballeros* con chistera, quedarse tranquilos sentados viendo cómo una señora buscaba asiento; y lo he presenciado bajo circunstancias agravantes, dándose el caso una vez que la señora respectiva, por cierto una morena guapísima, se encontraba en cinta, y bastante avanzada. En honor de una clase contra la cual se dirigen muchos ataques, por gran parte hipocresías sin duda, tengo de afirmar que en este caso era el único caballero que se levantó, ofreciendo su asiento á la señora, un *torero,* cuyo nombre no conozco: un hombre alto y de unos treinta y cinco años de edad.

Desde estonces tengo simpatía á los

representantes del noble arte torero, y por cierto he visto otra vez confirmada esta buena impresión cuando otro torero—era el picador Sr. C.—me sacó de un grandísimo apuro. El caso merece contarse.

Habían llegado paisanos míos de..... —no puedo decir de dónde por si acaso se enteran sus señoras,—y con la precipitación del tren expreso me obligan á arreglarles una *juerga flamenca* ¡la misma noche! Es natural; mi primera idea era consultar el caso grave con una autoridad reconocida en esta materia; pues mi orgullo de madrileño empadronado se resintió instigado y quería probar á los extranjeros que también España tiene sus especialidades, como París el Louvre, Roma San Pedro y Berlín á Bismarck. Pensando así, pasábamos la Puerta del Sol, y vi una visión y oí una voz que me dijo: «Dirígete á un torero, éste te sacará del dilema.»

Efectivamente, tengo una fe inquebrantable en estas visiones; el picador D. Paco C. nos hizo los honores de varias casas, y la *juerga* resultó superior.

¿Es que el peligro continuo al cual se exponen los toreros les hace despreciar las mezquindades de la vida moderna sin aventuras y sin arrojo que hace la gente egoista, fría y estúpidamente previsora y cautelosa?

Desde luego prometo solemnemente no hablar nunca en contra de las corridas de toros ni escribir contra ellas.

El trato personal con los españoles es para los extranjeros, en consecuencia de las preocupaciones y antipatías nacionales, muy difícil, y en gran parte me explico por esto el aislamiento en que viven los extranjeros en España. Una amistad íntima y duradera no he visto, hasta ahora, entre un español y un extranjero, y la creo muy difícil si el último no prescinde por completo de este afecto, ó que no se sienta ofendido por ataques á su nacionalidad, que los españoles dirigen á menudo sin apercibirse de ello. Inconcebible me parece que la amistad entre el pintor alemán Erdmann y el Sr. Alcázar, de que hablaba un diario de Madrid en los términos siguientes, tuviera mucha duración, ó Erdmann habrá sido en reali-

dad el *infeliz*, como le pinta el corresponsal español de Roma. Como característico del modo de juzgar sobre el bondadoso alemán, reproduzco el párrafo indicado íntegro:

«Durante la comida hablamos mucho de la patria lejana, de España, como era natural entre españoles, y como era también natural entre artistas, de la antigua Roma, del Panteón, del Foro, del Capitolio y del Coliseo. Al final unimos nuestras copas para brindar por la prosperidad, la cultura y la grandeza de nuestra querida España, á cuyo voto asoció el suyo, con la consiguiente tranquilidad alemana, pero con toda el alma, el bueno y sencillo Erdmann.

»En Capri fué donde este excelente compatriota de Bismarck conoció á nuestro Alcázar Texedor, dedicándole desde luego, no una amistad entrañable, sino un verdadero culto. Desde aquel momento Erdmann y Alcázar han sido inseparables, ó por mejor decir, Erdmann ha sido el inseparable de Alcázar. Tenía Erdmann alquilado y pagado por un año un estudio en

Roma, y lo abandonó para permanecer con Alcázar en Capri. Juntos viven, juntos comen y juntos trabajan. Debía el buen alemán Erdmann casarse en su tierra en el otoño pasado, y lo suspendió hasta la primavera próxima, para que pueda asistir á la boda su inseparable Alcázar. Dícese que cuando un alemán contrae una amistad, diciéndose verdadero amigo, es ya para toda la vida. Alcázar Texedor me preguntó si pensaba avanzar hasta Nápoles y Pompeya. Le contesté que sí, y me hizo concebir la esperanza de que me acompañaría. Al escucharle su fiel Erdmann, se levantó de la mesa y se separó de nosotros conmovido, y tal vez un tanto enojado por la infidelidad proyectada por Alcázar.»

Pocas naciones son tan pegadas de sus propias virtudes como la española. A todos parece ridículo las alabanzas individuales por el individuo mismo, y pocos reflexionan que lo mismo parecen ridículas las alabanzas colectivas por las mismas colectividades. Adjetivos como noble, honrado, valiente, grande, hospitalario, etc., etc., se mo-

nopolizan de este modo las diferentes naciones, sin razón ni fundamento alguno; pues, ¿por qué se cree el alemán más *honrado* que los demás, ó el español más noble y el francés más grande? Son ridiculeces que tienen su explicación en la vanidad y en la ignorancia. En todas partes es la especie *homo* tan canalla y tan dios como le hacen las circunstancias, y éstas son en todo el globo casi las mismas.

¡Hospitalario!..... si justamente la hospitalidad es una virtud preferente de los salvajes y de los pueblos en la infancia. El ruso de hoy es excesivamente hospitalario, comparado con el francés moderno, y á *Odisseo* le ofrecieron en prueba de hospitalidad las propias mujeres. ¡Vaya un mérito!

Sin embargo, hay una hospitalidad propia á la civilización cosmopolita moderna que garantiza á todos los extranjeros los iguales derechos que gozan los ciudadanos del país, y que consiste en que un extranjero no tenga que sentir nunca su carácter de extranjero como dificultad en la vida social ó en relación á sus negocios. En Alemania

Francia, Italia y otras partes no sufre nadie perjuicios por ser extranjero; al contrario, frecuentemente le favorece esta calidad. En España ya no es así; todos los viajeros se extrañan de la insolencia del populacho, que asedia al *franchute* y á veces le amenaza é injuria si no le da limosna. Repetidas veces he visto en las calles de Madrid (¡¡sic!!) jóvenes extranjeros rodeados por chiquillos y haciendo valer contra sus impertinencias la fuerza de su bastón. Y la gente adulta se ríe de este escándalo ó toma parte contra el extranjero; tales cosas no he visto en parte alguna de Europa, y sabido es que *niños y perros hablan la verdad,* ó en este caso revelan los sentimientos verdaderos de sus padres—hablo de los niños.

Los extranjeros que se hayan enriquecido en España son contados, y sí mucho más numerosos los que han perdido aquí la fortuna que trajeron consigo cuando vinieron. No en empresas, tampoco en despilfarros, sino en la *Curia* han perdido casi todos éstos lo suyo. No citaré nombres, *nomina*

odiosa sunt, cada lector sabrá alguna docena. Sin embargo, los españoles mismos se quejan con razón del abismo curial en que tantas fortunas se perdieron. Inamobilidad de jueces; independencia de la justicia de la política..... ¡qué bellas cosas, qué hermosas esperanzas!.... ¿Cuándo será el día que un ex ministro de Gracia y Justicia no se calle al mandarle un diputado, para apoyar sus ataques, los nombres de los jueces trasladados por no haberse prestado á intrigas de partido?....

No desespero, no; la lepra horrible que roe la médula de la nación española, impidiéndola cumplir su gran misión civilizadora, desaparecerá si España despierta del letargo, dos veces secular, y camina hacia sus gloriosos horizontes. Hoy, por hoy, conozco muchos que prefieren á la justicia española la justicia catalana; que es, según me afirman y la poca práctica mía lo ha demostrado, más rapida y menos costosa. A pesar de todo, creo que los tribunales españoles no llegarán nunca á atizar por sus sentencias los odios contra el extranjero, como sucede en

Francia, donde hace poco, el 19 de Enero, brilló el juez de Belfort por su fallo en una causa contra el periódico francés *La Frontiere*, que había calumniado á un alsaciano de nacionalidad alemana, diciendo que vendía cerveza adulterada y que era espía de Bismarck. El preclaro representante de la justicia francesa condenó al acusador á las costas, absolviendo al acusado, porque «la prensa no tuviera sólo el derecho, sino la obligación de denunciar á los alemanes y á las casas comerciales que negocian con artículos alemanes, por ser éstos casi siempre—en especialidad la cerveza—adulterados.»

Repito que creo á los tribunales españoles incapaces de lanzar tales injurias y calumnias contra una nación extranjera; pero siento verdaderamente que un periódico español haya rivalizado hace pocos años—estábamos en los tiempos de las Carolinas, cuando muchos se salieron de quicio—en perfidia con el tribunal francés, *denunciando á las madres españolas* los juguetes alemanes como envenenados, instigando el sentimiento más sublime, que es el amor

maternal, para convertirlo en arma vil del odio al extranjero. ¡Y el periódico es órgano de los más populares de España, inspirado por el hombre que más fama tiene de humanitario!

II

La literatura y la prensa

La prensa y la democracia.—Injurias contra la prensa y los escritores.—Cortesías del señor L. Puigcerver.—¡Chantage en Espagne!—Sancho Panza y D. Quijote.. .. *¡principios!*....—Los mandamientos del literato y la crítica literaria en España.—Los honorarios de la prensa inglesa..... —El suelto calumniador y la raíz del mal.

El progreso moderno y la democracia han desarrollado poderosamente la literatura y la prensa, pero el escritor, el publicista no han ganado con esto nada; acaso han perdido. En el anciano régimen eran los poderosos, por regla general, á la vez protectores de los literatos; si no la propia afición, la moda los obligaba á desempeñar el papel de Mecenas. Nuestros poderosos sólo sub-

vencionan á los periódicos que les dan *bombos,* y lo más que hacen por los literatos es proporcionarles un destinillo donde olvidan el noble oficio literario, acostumbrándose á la disciplina de las oficinas del Estado. ¡Vaya unos protectores de las letras!

Nosotros los literatos ya no podemos contar con los Mecenas. Si nadie nos proteje, protejámonos nosotros, levantando el prestigio de la clase, uniéndonos para rechazar ataques infundados y para conquistarnos el lugar preferente que nos corresponde en la sociedad moderna. Si la esencia de la edad moderna consiste en la eliminación de las injusticias sociales y en el restablecimiento del valor de la personalidad, independiente del nacimiento y de la posición social heredados, es preciso que nosotros los escritores seamos la cima de la sociedad moderna, porque sólo por el espíritu, sin necesidad de capital, como casi todas las otras profesiones lo necesitan, nos creamos nuestra posición, y casi siempre *á pesar de un mundo de odios y de enemigos.*

En efecto, España prueba ser uno de los países más atrasados, por lo desconocida que es en ella la importancia de la literatura y de la prensa para el desarrollo del país, y por lo primitivo de la organización de los literatos entre sí y de la parte comercial de la literatura. En todos los países se paga mejor al autor y al publicista, y en todo el mundo se estima más generalmente á los literatos y publicistas que aquí.

Todos en España creen tener el derecho de injuriar y calumniar á esta noble clase (1)—y entre autores y periodistas no hay otra diferencia sino la de que los últimos son autores latentes, si merecen el nombre de periodistas,—sin reflexionar que la literatura y la prensa son más fiel espejo de una nación que el estilo de una persona. Cada nación tiene la prensa que merece; si los españoles se quejan de su

(1) Véase la sesión de Cortes del 24 de Febrero del corriente; pero no en el *Diario*, sino en los periódicos de los días correspondientes. El escándalo era gordo, y lo más extraño fué que un ex periodista dirigió ofensas contra la clase á la cual perteneció.

prensa, ellos mismos tienen la culpa. Lo más extraño es que los prohombres del país casi todos han salido á la celebridad de las filas de los publicistas, y sólo gracias á la misma prensa que hoy tan desdeñosamente critican. ¿Es olvido, ingratitud ó acaso el miedo de dar importancia á un arma que mañana podría dirigirse contra ellos mismos?

Sin querer agotar el asunto, me permito tratar á la ligera algunas de las cuestiones más importantes. No digo ni palabra de las cuestiones económicas, para no dar pasto á las malas lenguas, que pudieran aprovecharse de este pretexto para calumniar. Hace algunos años me pidió un periódico financiero de Berlín mi colaboración, y le dije que le mandaría cada mes un artículo cualquiera, principiando por una biografía y siguiendo con estudios sobre los principales establecimientos de crédito y las principales empresas. Estos artículos, bastante bien pagados, me hubieran dado el pretexto de estudiar dichas cuestiones detenidamente; lo que de otro modo no podía dedicarme, por tener que vivir de mis traba-

jos, sin poder estudiar por sola afición. Así pensé, pero no había contado con la huéspeda.

Para escribir el artículo biográfico y para decir algo más que lo conocido por los diarios y para mandar á la vez el retrato del entonces ministro de Hacienda Sr. L. Puigcerver, procuré verle y pedirle algunos datos biográficos. Con este fin mandé á *su excelencia* algunos números de la revista, uno de los cuales contenía el retrato del ministro de Hacienda de Alemania, otro el del entonces fallecido célebre Rotschild, de Frankfort, etc.; el ministro español hubiera estado sin duda en buena compañía.

Pero, parece mentira, ni pude ver al Dalay-Lama ni recibí datos biográficos algunos del secretario. Este último hasta se permitió recibirme en pie en el pasillo. Que no me digan que mi susceptibllidad hubiera tenido que considerar la angustiosa situaciön de estos caballeros, pues iban entonces en cinta con los millones del negocio de tabacos. Fuí lo menos cinco ó seis veces al palacio de la calle de Alcalá, y soporté

con estóica paciencia las impertinencias de la servidumbre. Sólo conseguí un retrato del invisible semidios, y quería mandarle á Berlín, para que allí escribiera algún fisonomista ó cronólogo la correspondiente biografía. En fin, no hice nada, ni siquiera devolví el retrato, para no ofender, y sólo escribí á Berlín que no quería exponerme á desaires é impertinencias, y que declinaba el trabajo.

Muchas veces he pensado qué motivos tenían para este comportamiento. ¿Es que han pensado que les amañara un *chantage?* Al contar á un periodista español que tenía que pedir al señor L. Puigcerver datos biográficos y no le había encontrado, me dijo que él se encargaba de esto, y en son de broma añadió:

—Y qué, ¿quiere V. con los datos un billete, como comprobante, con la firma del ministro?

Yo me ruboricé y me hice el desentendido. En honor de mis colegas españoles, confieso que nunca me ha parecido más que una broma. Café *con media tostada*, eso sí; pero billetes.....

¡jamás, jamás, jamás! Si hay *chantage*, es un *chantage* al revés, ó sea, las víctimas son los periodistas, á los cuales explotan sus protectores, haciéndoles concebir esperanzas y dándoles promesas que después no cumplen. Conozco tales víctimas del *chantage* al revés que sirven con su talento y su reputación de honrado publicista más de treinta años, esperando que al fin se cumplan las promesas dadas. Uno de aquéllos murió hace muy poco, dejando numerosa familia en la última miseria..... *¡Ah, le chantage en Espagne!*

Siendo el interventor de la publicidad el publicista, llega muy rara vez á ser objeto de ella por el tacto que tiene de no ser el clarín de sus propias virtudes; pero cuando, como en España sucede, los que debieran hacerlo se callan respecto de los abusos que se cometen contra ellos, está justificada la defensa propia, y yo que menos que nadie de mis colegas españoles arriesgo, no teniendo que tener miramiento alguno á ciertas personas cuya venganza pudiera perjudicarles, gracias á mi calidad de extranjero, que sólo por

una casualidad me quedo por poco tiempo aún en este país, donde no necesito el favor ni la benevolencia de nadie, yo me encargo de buen grado de iniciarla en cuanto á algunos puntos principales.

Sin rodeos vamos al grano.

¿Qué hay de la desmoralización de la prensa?

Voy á pintar al lector un cuadrito *al natural*. La primera escena se representa en un *restaurant*, ó en la casa de un periodista; la segunda en casa de un opulento humanitario, hombre de negocios ó cosa por el estilo. El Don Quijote moderno habla con Sancho Panza:

¡Cuánto idealismo en los fines de Sancho! El bien de la nación, la humanidad, el progreso; estas palabras sólo brotan de los labios suyos. Don Quijote está encantado; es idealista; si no lo fuera, vendiera patatas, que le producirían más que los escritos, y cree en las afirmaciones de Sancho, el cual ya calcula cuánto le producirá en miles de reales el bombo que le dará al buen infeliz. Al salir de la casa de su víctí-

ma hace un movimiento típico con los dedos, que aquélla finge de no apercibir, y cuando lee en el periódico el estudio concienzudo que tantas horas de trabajo ha costado al publicista, sonríe con menosprecio, y cuando su *amigo* de entonces le pide el mínimo favor, grita indignado, por socorro, contra el *chantage,* y calumnia vilmente á su acreedor.

Ojo por esto, querido lector; si te cuentan algo desfavorable de un publicista, ó es despecho, por no haber sido elogiado, ó la mala conciencia del ingrato. Un chocolatero millonario, que tiene el *principio* de nunca prestar dinero—y se lo dijo á un amigo suyo cuando éste corrió medio loco por las calles de Madrid en busca de mil reales para el entierro de su madre,—se permitió ataques vehementes en mi presencia contra un compañero de la prensa de cierta fama entre literatos y entre tapiceros, estereros, vinateros, panaderos y otros *eros*, injuriándole de la manera más terrible—para un negociante,—llamándole tramposo. ¡Tramposo, qué horror! La furia del

chocolatero se explica fácilmente: tiene miedo de un *sablazo,* ó lo que es más probable, le tiene que agradecer alguna cosa. Y qué, estómago personificado, ¿no te parece muy poco pagar de cuando en cuando algunos miserables billetes de Banco por la compañía chispeante del literato? ¿Ó crees tú que soporta tu cara estúpida y tu presencia embrutecedora sin que le indemnices con lo único que tienes, con el miserable oro?

Consolémonos; los principios de moralidad cambian en cada época, en cada nación y en cada profesión. Los normandos, mis antepasados, hicieron hace siglos sus correrías de pillaje por las costas de Francia, España y del Mediterráneo, y alcanzaron sus piraterías grandes hazañas y títulos de gloria; hoy se les pondría una cadena y se les calificaría de ladrones viles y asesinos. El turco se divierte con una docena de mujeres, y todo el mundo le quita el sombrero, como el vulgo aquí considera al propietario de otras tantas casas.—¡Tontos por cierto! ¡Si por esto al menos no tuvieran la jaqueca de los

caseros!—Y si nosotros lo hacemos aquí, en el culto Madrid, nos llaman unos perdidos, y nuestras señoras escriben anónimos lacrimosos á Sagasta, pidiéndole que introduzca al fin el divorcio, que ya tantos años les ha prometido; y claro está que las señoras son las que ganan con esta reforma, siendo para nosotros fácil indemnizarnos, si la lotería matrimonial nos salió mal, con otro billete. Del mismo modo está *á priori* y *á posteriori* claro, que un comerciante crea ingénuamente que Jesús había bajado del cielo para enseñarnos el Evangelio de pagar nuestras deudas, aunque en realidad recomendó á los fieles perdonar á nuestros deudores, como Dios nos perdona nuestros pecados; pero en todos los países y sectas cristianas he experimentado que más beato, más avaro. ¿Qué sería de un comerciante si no se le pagara lo que se compra, y si los fabricantes no le dan géneros sabiendo que no paga? Sería su muerte. De ahí se comprende que la injuria más grande para él es *tramposo*. La única teoría sostenible en materia de moral es el utilitarismo de Mill

y Bentham; lo demás es todo música celestial.

¿Y las virtudes del escritor, del publicista?

Primero: *nunca cansar á los lectores.* Segundo: *despreciar las preocupaciones del vulgo, y únicamente tener en vista el progreso y la felicidad de sus prójimos.* Tercero: *sacrificar todo delante del altar de la verdad y de la belleza.* Cuarto: *ser sincero, siempre sincero y nunca rechazar á nadie la justa defensa contra abusos, injurias y calumnias.* Quinto: *tener el valor de desafiar á todo un mundo enemigo en defensa de los propios ideales, y sólo rendirse á la razón y á la verdad; pero esto con sinceridad y sin tergiversaciones y rodeos,* como lo hace cierta gente entre mis compañeros que aludiré más tarde. Y por sexto y último, *ser un buen amigo y nunca perder el buen humor.* Mis compañeros me dirán los demás mandamientos que faltan á los diez del Decálogo.

Abstracción hecha del sexto mandamiento, que en general observan los literatos españoles perfectamente bien, y en cuanto á mí les agradezco cor-

dialmente, he encontrado en España muchos y graves pecadores. ¿Qué decir de las miles de obras cansadas y absolutamente sosas que con nombres desconocidos y célebres inundan las librerías españolas, y digo librerías porque en otras partes no hay en este bendito país inundación de libros? ¿Qué de los millones de artículos que diariamente se publican aquí con el fin manifiesto de aumentar las preocupaciones del vulgo y servir á la reacción? y ¿qué de las miriadas de pecadores que sacrifican á fines ruines la verdad y la belleza?

No hay que decir de ellos nada; que sufran los tormentos más crueles en el purgatorio.. .. ¡al infierno con ellos! *¡Lasciate ogni esperanza!*

Sí, dejamos toda esperanza de convertirles; son pecadores contra el Espíritu Santo, é incorregibles. Para ellos no hay salvación. Sólo diremos algo respecto á los pecados contra los mandamientos cuarto y quinto, que aún mortales encuentran perdón por la contricción y confesión públicas.

Se publican las obras de Galdós, Pe-

reda ó cualquier otro. Si uno no va á buscar en las librerías las últimas publicaciones, apenas sabe que haya aparecido la obra. ¿Y cuántos tienen tiempo é interés literario suficiente para hacerlo? Hasta los periódicos más importantes, como *El Imparcial*, *El Globo*, *La Epoca*, *El Liberal* y algunos pocos más, no comprenden que tienen la obligación hacia sus lectores de enterarles de todo lo más notable que ocurre en la república de las letras. Hoy día se contentan con poner á los cuernos de la luna las publicaciones de las personas que de cualquier modo logran conquistar la benevolencia de la empresa, ó del crítico, ó de algún colaborador, ó por medio de utilidades económicas en forma de anuncio, reclamo, etc., ó sencillamente por amistad ó servicios, etcétera, ó en fin, por un *café con media tostada*.

En efecto; el periodismo es una institución moderna, apenas treinta años han pasado desde que significa este factor indispensable para el arte, la literatura, la industria, el comercio, la política, en fin, para todas las manifes-

taciones de la actividad humana. Como toda institución joven, tiene sus resabios, enfermedades de niñez que pasarán con los años. Mucho la resienten las relaciones del público con los publicistas y la manera de hacerse éstos retribuir por su trabajo.

Hay entes antidiluvianos que afirman la enormidad de que el arte de escribir no debe ser profesión, sino sólo ejercido como pasatiempo sin retribución alguna. No vale la pena entrar en discusión respecto á esta simpleza. Al revés, salvo pocas excepciones, puede decirse hoy que toda persona que no puede vivir por su pluma no es escritor, sino principiante ó *dilettante.* La profesión de escritor es como la del pintor-artista, ó del músico, ó de otras que requieren ciertas cualidades especiales ó talentos. Bien entendido, cualidades especiales ó talentos; pues lo mismo como un pintor sin ellos no puede vivir de su profesión, así el escritor y publicista que no fuera nacido para ello no ejercerá su profesión con satisfacción propia. Los que hablan de deshonrar las letras por los honorarios literarios son

ó ignorantes ó *refusés,* cuyas obras y cuya pluma han sido rechazadas del público y que ahora hacen de la necesidad una virtud..... ¡hipócritas mal intencionados!

Y qué, un redactor con el sueldo espléndido de 25 ó 30 duros mensuales, casi siempre problemáticos, ¿no tiene derecho de pedir que los trabajos extraordinarios que fulano ó mengano le encarga sean retribuidos separadamente? Por ejemplo: un redactor literario ha alcanzado por fuerza de muchos años de trabajos incansables la reputación de buen crítico. ¿Y qué? ¿Tiene que ganar, como cualquier recién llegado, nada más que el sueldecito de la redacción?.... ¡Ah, el *chantage*, grita el coro ignorante!.... Costumbre en España es que esta difícilmente adquirida reputación, que para un abogado ó médico significa tantas pesetas más por cada visita y á un pintor ó músico un puñado de oro, al escritor sólo equivale á una invitación para tertulias cursis ó á un café con media tostada. ¡Y todavía hay gente que se atreve á quejarse del periodista español!

En otros países más adelantados, como Francia, Alemania é Inglaterra, esta profesión está reconocida como tal, al par de las demás, y los que sienten vocación para ella permanecen publicistas por toda su vida. Los americanos son prácticos y han fundado un colegio para aprender el oficio periodístico; sin embargo, la vida hace al periodista, porque entre los muchos llamados hay pocos elegidos, y éstos sólo permanecerán hasta su fin pluma en mano, porque no pueden vivir de otro modo. Sus observaciones y pensamientos se transforman involuntariamente en artículos, folletos y libros, y si no encuentran donde publicarlos, son desgraciados, como una mujer que sufre los dolores del parto sin poder parir. Los verdaderos publicistas son muy contados..... son verdaderos elegidos que no pueden ponderarse suficientemente por todas las personas que necesitan la publicidad, siendo indispensable para todos los intereses que encuentran en la prensa su palanca.

El periodismo es una carrera por sí, con su cúspide y con su puertecita por

donde llegar á ser millonario, naturalmente estrecha y escondida para los ojos profanos; pero, en fin, con la puertecita para atizar las aspiraciones y sostener la esperanza en larga lucha. Verdad es que no siendo las riquezas intelectuales comensurables, por el vil oro, y la gloria literaria más apreciable que la riqueza, hay menor proporción entre los publicistas enriquecidos que, por ejemplo, entre la gente de bolsa, los comerciantes, etc. Hay respecto á esto de enriquecerse por el periodismo muchas exageraciones, especialmente en cuanto á Francia é Inglaterra, países que parecen á mis colegas españoles cual el dorado inalcanzable para España, y sin embargo, no hay tanta diferencia.

Suponiendo como conocida la situación económica y social del publicista español, digo aquí solamente lo preciso para que mis amigos en España se concilien un poco con su suerte periodística al ver que nuestros compañeros de Inglaterra se encuentran acaso peor que ellos, y la fama de lo contrario que goza el periodismo inglés es

uno de tantos errores, hijos de la ignorancia, que en España fácilmente se explica por la poca afición de los españoles á viajes de estudio y á la falta completa de corresponsales que den á los periódicos del país noticias exactas del extranjero.

La omnipotencia de la prensa inglesa no influye favorablemente en la triste suerte del periodista inglés, el cual está obligado á un trabajo de tal manera absorbente, que rara vez puede soportarlo más allá de los cincuenta años de edad. El redactor del *Daily Telegraph*, Augusto *Sala*, que cobra por cada artículo de fondo 25 duros, y cada día escribe uno ó más, dice «que no elegiría otra vez el periodismo si fuera joven y pudiera decidirse de nuevo, *á pesar de ser acaso el publicista mejor pagado en toda Europa*. Con pocas excepciones, conduce esta profesión casi siempre á la miseria y á la vejez prematura.» En efecto, las cimas sólo están iluminadas por los rayos del oro; la masa de los periodistas sufre en Inglaterra como aquí y en otras partes. Así como hay pocas Ade-

lina Patti, Nielson, etc., y mucha miseria y desgracia detrás de los bastidores. El jefe redactor del *Times* tiene, en efecto, un honorario anual de 25.000 duros; el del *Standard,* Mr. W. H. *Mudford*, una cantidad semejante. John *Morley*, el actual ministro, recibió por el mismo cargo en la *Pall Mall Gazette* la friolera de 10.000 duros. El corresponsal del *Times* en París, que tan aficionado es á los *canards*, Herr *Blowitz*, un judío alemán de Austria, trabaja por 15.000 duros. Fabulosos parecen los honorarios espléndidos que perciben los corresponsales de guerra, como William *Russel*, del *Times;* Archibald *Forbes* y O'Donnovan, del *Daily News*, y el célebre *reporter* del *Standard,* los cuales á veces pueden permitirse el pagar un tren expreso para sí sólos, y reventar media docena de caballos cuando les precisa vencer el tiempo y las distancias. Pero todos éstos son excepciones: los Pattis del periodismo. El *reporter* ó noticiero en las provincias cobra, en general en Inglaterra, de 30 á 40 duros mensuales, y el de la capital poco más, y el

ideal más atrevido del publicista inglés no va más allá de 150 á 200 duros por mes, al cabo de una vida empleada en estudios y trabajos literarios y políticos continuos.

También en Inglaterra pasan pocos por la puertecita de escape á la riqueza, y sólo cuando saben combinar el periodismo con el negocio, con la empresa literaria política, como los millonarios E. *Yates*, el propietario del *World;* H. *Labouchere*, el del *Truth*, y A. *Borthwick*, el del *Morning Post*. En cuanto á su posición social, pueden nuestros compañeros ingleses envidiarnos á nosotros en España, Alemania, Francia y otros países, donde el periodismo abre á los jóvenes, sin otros títulos, las puertas de los salones más exquisitos; no sucede así en aquel país de las preocupaciones aristocráticas y de la hipocresía social. El célebre redactor de la *Pall Mall Gazette*, Mr. Stead, que puso delante de los ojos del mundo civilizado el cuadro repugnante de la prostitución secreta inglesa, donde los opulentos comerciantes y los virtuosos lords sacrifican hecatombes á la

Venus horizontal, y protestan con hipócrita indignación que se pronuncie la palabra prostitución en los periódicos, los libros ó el Parlamento, ni que exista una prostitución legalizada y organizada, se ha hecho imposible en la sociedad inglesa, por haber quitado á estos criminales asquerosos que han atentado vilmente al santuario de las familias pobres al destruir la prostitución legalizada, que es su protector sucio, sí, pero indispensable. En España hay muchos publicistas y escritores que de la redacción han ido directamente á sentarse en el banco azul; en Francia es común que los redactores representen puestos elevados en la política, como Mr. F. *Charmes,* del *Journal des Debats*, director del Ministerio de Estado francés; Mr. *Barrére,* de la *Republique francaise*, embajador en Stokolmo; Mr. *Coutouly,* del *Temps,* el mismo cargo en Méjico, y Mr. *Lemoine* en Bruselas. John *Morley*, ministro de Instrucción pública en Inglaterra, es el único que cambió el puesto de redactor por el de ministro, y sólo representa una excepción, que debe

agradecerse á las circunstancias excepcionales del partido liberal inglés.

Si los periodistas ingleses no son ricos, la verdad es—y de aquí las erróneas ideas que se forjan—que los periódicos sí producen cantidades fabulosas; así, por ejemplo, produce el *Times* cada año, limpios *cinco millones de duros* y pico; el *Daily Telegraph* 600.000 duros; el *Standard* 300.000 duros, y la *Morning Post* 150.000 duros. ¡Y esto es ganancia limpia! No quiero seguir por los propietarios de empresas periodísticas en España, pues al fin pudieran mis datos estimularles á la imitación, y lo más natural fuera que principiaran sus aumentos ganándoles de lo que pueden ahorrar en la redacción.

Una cuestión difícil de resolver es si la prensa española ejerce la misma influencia benéfica y saludable en su país como la inglesa, y creo que la comparación sería en desfavor de España, donde la prensa no se deja guiar tanto por principios rigorosos como en otros países. El sueltecito injurioso y calumniador se lanza aquí con facilidad asom-

brosa contra el adversario *personal*, y rara vez encuentra el injuriado por parte de los demás periódicos la defensa debida, y más tratándose de extranjeros ofendidos, como yo hace poco he experimentado al haber sido injuriado y calumniado por *La Epoca*, sin que ni *El Liberal*, *La Iberia*, *El Correo* ó *La Justicia* hubieran publicado mi rectificación y protesta justificados. Es una mancha en la hoja del servicio de la prensa española, que en su propio interés debiera borrarse para que nadie tuviera razón al lanzarle el reproche de inhospitalidad hacia los extranjeros, que si fuera cierto, haría perniciosa la influencia grande que goza en el país; una influencia tanto más grande ó exclusiva cuanto menos se leen en España libros. Por cierto soy el primero en afirmar que la prensa es y debe ser el medio más importante para difundir ideas y empujar el progreso; pero es preciso que los periodistas estén á la altura de esta vocación grande y sublime. Que surgen los periódicos inteligentes y enciclopédicos con vastísima circulación, en lugar de los libros pesa-

dos y sosos, cuyo contenido puede reducirse casi siempre con provecho del lector en un artículo de una columna. A muchos autores recomiendo eficazmente las columnas de periódicos para sus revelaciones en octavo.

Digno de leer sobre la influencia *morbosa* de la prensa española es lo que dice D. A. F. Martín (1) en su folleto, contra el cual se opuso la conspiración del silencio, por las verdades amargas que contiene. Sin embargo, no puedo aprobar la innovación que propone de que los redactores firmen todos sus artículos; ni siquiera creo bien que firmen los estudios extensos ó artículos de fondo, como en Francia, porque de este modo entra la vanidad y el personalismo demasiado en juego. La *Redacción* siempre debe tener el carácter de una entidad moral y colectiva, para que el periódico represente verdaderamente una parte de esta entidad, que es la sociedad. Creo más provechoso el sistema mixto aplicado

(1) *Signos del tiempo*, Congreso Literario-Artístico-Internacional de 1887.

en la prensa alemana, que conserva la unidad redaccional y permite que los escritores hagan valer el peso de su pluma por la costumbre de usar signos para que los lectores sepan qué determinados artículos están escritos por el mismo redactor ó colaborador.

Gracias á este sistema conserva cada escritor su responsabilidad, sin que el personalismo se desarrolle, y de este modo se estimulan muchas personas á tomar parte en las tareas publicistas, sabiendo que su colaboración no le hace responsable por los demás juicios y artículos del diario. Cuánto ganara la prensa y la literatura españolas si, por ejemplo, un Cánovas ó Valero ú otros literatos eminentes imitaran el ejemplo de tantas celebridades alemanas de emitir por costumbre sus juicios, sobre todo que leen en determinados diarios ó revistas. Todos estos hombres leen mucho y no les costaría trabajo ni molestia alguna poner sobre lo leído algunos renglones y mandarlo con su señalita especial á la redacción. A veces y por mayor parte serán notas cortas de cinco ó diez líneas, pues hay pocas

obras que *sub specie eternitatis* valen más, pero estos renglones servirán acaso mejor al autor criticado y á los lectores para formar idea cabal de la obra respectiva. Repito que para autores serios importa más saber por pocas líneas la impresión que ha hecho su obra en el cerebro de un crítico competente que leer miles de elogios de nulidades literarias; porque la crítica es indispensable para decir al autor el camino que tiene que seguir, sus aptitudes especiales respecto á lo cual uno mismo nunca puede ser juez competente.

Para que el periodismo y las letras en España se desarrollen al par de las demás naciones que ostentan la jefatura de la humanidad, tiene que pasar aún bastante tiempo y tienen que hacerse aún bastantes ensayos. La raíz del mal consiste en que aquí la profesión de escritor y publicista no es ni está reconocida como profesión, como sucede en Alemania, Francia, Inglaterra y otras partes. Aquí el periodismo no es nada más que un *pis aller*, un refugio para los que no encuentran otra

manera de vivir á la altura de sus ambiciones, y un vivero de aspirantes á direcciones ó subsecretarías en los ministerios públicos. ¡Que venga aquel periodista español y afirme que su única aspiración es ser periodista y nada más! Quien esto hace probará que no tiene aspiraciones ni ideales, y por consiguiente, que no ha nacido para periodista. El periodismo y las letras son aquí casi siempre nada más que una escala para las ambiciones y concupiscencias, y no una profesión; y la turba que corre por las redacciones con el único anhelo de cambiar pronto la redacción con una dirección ó subsecretaría, no tiene ningún cariño, ningún lazo íntimo é indisoluble con la prensa y la literatura. Cual viajeros pasajeros de una fonda, sólo dejan el polvo de sus botas en el santuario cuyos sacerdotes sacrílegos habían sido.

III

¿Alemania ó Francia?

Güelfos y Guibellinos.—*¡La lumière de l'humanité!* —El aldeano y el charlatán.—Lo desconocido de Alemania en España.—La guerra.—El por qué me he quedado en España.—La prensa española y la revista alemana.—Los españoles en Berlín. —Confesión general y el por qué del libro.

Lo mismo que en la Edad Media la Europa entera era el campo de batalla entre Güelfos y Guibellinos, así hoy suena por todo el mundo civilizado la consigna ¿Alemania ó Francia?

No puede nadie equivocarse; el duelo de vida ó muerte entre alemanes y franceses no dura sólo desde 1870 y 1871. Esta terrible lucha por la jefatura entre las naciones cultas está empeñada desde mucho antes. Eco

del antagonismo de la raza latina y de la raza germana, perdió este carácter de antagonismos elementales en el siglo XV. Carlos V y Francisco I ya no eran la personificación de aquellas corrientes cuyas raíces están en los abismos que separa el mundo latino, pagano, clásico, del mundo germano, cristiano, romántico; corrientes poderosas que remueven las pasiones de las masas cuyas creencias y costumbres se reflejan en ellas. Los dos grandes rivales representaron la nación alemana y la nación francesa, Alemania y Francia, como Estados constituídos que combatieron por la jefatura entre los demás Estados de Europa. El antagonismo instintivo de raza se convirtió en la idea clara y precisa *nacional*, de tal modo, que el enemigo más decidido del anterior campeón de la raza latina fué el aliado más fiel del imperio alemán, hasta que al fin fué vencido por Francia y subyugado cual provincia suya, que recibió sus reyes, sus costumbres, su literatura, sus artes y sirvió á sus intereses.

España era grande cuando combatió

al lado de Alemania la omnipotencia francesa, y cayó en la decadencia más profunda cuando los alemanes, divididos por la gran revolución religiosa de Lutero y Calvino, no pudieron continuar contra Francia la lucha, viendo con pena la desaparición de la nación española, como factor independiente en el movimiento político, literario, artístico y social de Europa bajo el dominio francés. Luis XIII, XIV y XV, adquirieron el prestigio á costa de España, y á tanto había llegado el desprestigio de esta gran nación, que Napoleón el Grande pudo concebir la idea, ofensiva en sí á todo español digno de este nombre, de hacer de la patria del Cid y del Gran Capitán, de Cortés y Pizarro, y de tantos grandes guerreros y hombres de Estado, un vireinado francés.

Verdad es, y una ignominia de los príncipes alemanes que nunca les perdonará la nación alemana, que Napoleón pudo imponerse á millones de nuestros compatriotas; pero *nunca habrá pasado por el cerebro del intrépido aventurero el subyugar la nación ale-*

mana á los franceses. La idea sólo hubiera sido una ridiculez, una locura. ¿Han comprendido los españoles de hoy estas crueles enseñanzas de lo pasado?

Francamente, los españoles de hoy me parecen bastante cándidos para estudiar el pasado sólo por manuales traducidos del francés, y miran el mundo y á sí mismos á través del color que tienen estas gafas francesas, sin las cuales ya han perdido la costumbre de ver. Escuchan con boca abierta las revelaciones de los *boulevards* de París, haciéndose eco de la vanidad francesa y del odio que les ahoga contra la nación que ha salvado á Europa de la influencia perniciosa de esta nación, cuya decadencia moral es manifiesta y que amenaza envenenar los elementos sanos de nuestra civilización con sus ataques de vanidad y de demencia monomaniaca.

¡La limière de l'humanité! Los admiradores de las estériles erupciones revolucionarias que han cubierto la antigua bella Francia y toda Europa con ruinas, parece creen que los ideales

modernos datan sólo desde que las frases huecas de libertad, igualdad y fraternidad sonaron en la constituyente francesa. Estos inocentes en materia de filosofía de historia creen que frases altisonantes ya cambian la faz del mundo y adelantan la civilización por siglos enteros. Y cada año, al visitar París ó Biarritz, oyen elogios entusiastas por lo sublime y original de sus concepciones, por franceses que ni una jota saben del español y nunca han visto ni oído nada de los libros y discursos de su *ami espagnole*. ¡Cuánto halagan estos elogios autorizadísimos! Según ellos, también hay algo *grand* en España, no sólo las consabidas ligas con navajas y las corridas y guitarras; y esto *grand* se refiere justamente al *ami*, al cual agasajan de todos modos, y el cual en agradecimiento brinda con brío por la alianza hispano-francesa, por la raza latina—¿cómo que no si es latino? ¿qué le importa que el panlatinismo sea una invención francesa para adquirir aliados contra Alemania?—y si en el calor del *banquet* algún francés olvida el papel suyo y sale con algunas bruta-

lidades contra los teutones que revelen el fin y la intención de todos los elogios y de toda la amistad, tienen bastante tacto de no protestar públicamente.

Tampoco lo quieren hacer privadamente porque tienen muchos amigos en el país vecino y muchos lazos les unen con él. Además, el carácter pasivo de los españoles en general hace necesarios fuertes estímulos para regirle. De modo, que sin verdadero cariño hacia Francia y sin intención por parte de los españoles, resulta á la vista del extranjero que España aplaude con entusiasmo á toda necedad parisién; acoge todo lo que viene de París, sea en letras, artes, política, ó pantalones ó sombreros de señora de última moda, con admiración y reconocimiento. Conste esto para que no crean que nosotros, observadores cosmopolitas, no apercibimos el papel, impuesto por los vecinos, que representan los españoles en esta comedia que se da en beneficio del célebre comediante, que es la nación francesa. Semejante cosa se ve cada día; hay una tertulia

de siete ó diez personas bien educadas que no alzan la voz y dejan hablar á todo el mundo. Sólo una no sabe nada de tacto y educación; grita, gesticula con los brazos, y por su impertinencia se impone á los bien educados de tal manera, que un muchacho de la aldea que llega la primera vez á la sociedad cree que aquel títere es el más elocuente, el más sabio, el más autorizado, el más importante, en fin, el *león;* hasta que el Bismarck de los tertulianos,—y siempre se encuentra entre ocho ó diez personas á uno que sabe tratar con gente mal educada,—se le acaba la paciencia y coge al impertinente charlatán y le pone á la puerta. Sin embargo, hay aldeanos cándidos que siguen creyendo en la grandeza del títere expulsado.

El colmo de lo cómico es que los españoles hasta pagan—y bastante caro—en metálico el bombo que dan á sus hermanos de allende de los Pirineos. Como muestra sirve un botón. Hace poco *se invitó* la sociedad francesa con el apellido bombástico, como todo en la *grande natión*, y la significa-

ción igual ó nula correspondiente: *Societé internacional litterair et artistique* de París para venir á Madrid, respectivamente á España; y gracias á la docilidad del Sr. D. Gaspar Núñez de Arce y á la costumbre española de inclinar la cabeza delante de las sublimidades parisienses, todo Madrid hizo preparativos *grandes* para recibir los representantes de la *grande* nación. Hasta yo, que por cierto no soy contagiado por la francomanía, dejé precipitadamente mi delicioso Tusculum lusitano para ser testigo del gran acontecimiento. ¡Tanto habían hablado de ello los periódicos españoles que leí en Lisboa!.... ¡Cuánto lo siento ahora!

En efecto, la *juerga* salió bien, el inimitable juerguista, el ilustre señor D. Paco Gandul, artista eminente de *El Imparcial*, hizo, como siempre, el papel brillante, y lo mismo el espléndido empresario panlatinista D. Felipe Ducazcal, que injustamente tuvo que sufrir una lluvia de reproches por los mismos *amigos* que bebieron en la *fiesta flamenca* (flamenco no es panlatinista y huele de cerveza) sus exquisitos vi-

nos. Supongo que eran exquisitos, aunque no lo puedo afirmar por descono cimiento de la causa, y todo esto por unos de los artículos soeces que *musié* Uhlbach dedicó á una reminiscencia amorosa de Sevilla. ¡Qué buenos sóis, paisanos del ilustre manchego; no sabéis que hay afinidades, parentescos eternos entre todo soez, inmoral y sucio, y que era natural que los representantes de la Babilonia moderna buscaran inspiraciones é ideales en los *establecimientos* nocturnos, especie de *Cloaca Máxima*, y que no vieron nada de esta Andalucía poética y bella, cuyas bellezas y encantos son tan numerosos, que hasta los extranjeros serios no ven las virtudes de esta perla del universo: la sobriedad y el carácter alegre y viril de los hombres y las cualidades domésticas incomparables de las mujeres! ¡Siempre cuenta conmigo hermosa Andalucía, si necesitas la pluma de un escritor extranjero para defenderte contra las viles calumnias que lanzan contra tí de lejos!

Para que estos caballeros de industria periodística salieran del país era

preciso, como consta en el folleto citado del Sr. Martín, que el señor L. Puigcerver aflojara un poquito el bolsillo de la Señora Madre Patria. No sé, pero creo que la cantidad, bastante bonita, habrá sido pagada del fondo de calamidades. ¡Qué invención genuinamente española la del fondo de calamidades! En sublimidad sólo le asemejan los 30.000 reales de cesantía ministerial. Sigue un párrafo entusiasta en pro de esta invención mal comprendida por muchos envidiosos; pero lo suprimo en la convicción que uno de los grandes escritores, Castelar, Núñez de Arce, Balaguer ú otros lo habrán ya celebrado según su mérito. Sólo siento en el alma que como extranjero no puedo cifrar mis esperanzas en estos legendarios miles de reales. Sin embargo, el caso me prueba que los franceses gozan mucha más influencia en los *círculos directores* de España que los alemanes; pues mientras que yo ni siquiera tuve el insigne honor de ser recibido por el Sr. L. Puigcerver, este señor, no sólo recibió á mis compañeros franceses, sino que les pagó la visita es-

pléndidamente. ¡La derrota de Alemania es manifiesta!

Así lo creen casi todos en España. La Francia republicana no es la Francia de Sedán y Metz. La guerra de 1888 á 89—creo que la Exposición Universal de París tendría más éxito si la victoria francesa se verificara ya en este año—será la ruina del imperio alemán, y éste no podrá soportar el golpe, se dividirá en varios principados y reinos independientes, y una parte se repartirá entre Francia y Rusia. Me lo dicen infinidad de españoles, y sabiendo cuánto influyen los deseos en el juicio que se forma de un asunto, comprendo bien que esto es anhelo verdadero de muchos entre ellos. No me extraña esto de modo alguno, porque la culpa tenemos en parte nosotros los alemanes, por no darnos mejor á conocer á los españoles y por no haber hecho casi nada sistemático para destruir las preocupaciones que existen en España contra nuestra nación y patria.

¿Cómo extrañarse si un republicano español nos maldice, si ve la poca simpatía que encuentran entre nosotros

las ideas republicanas? Es natural que nos crea, si no serviles, una nación de esclavos que necesita un dueño y una disciplina severa. ¿Qué le importa que Alemania, situada en el centro de Europa, necesite una concentración extraordinaria de fuerzas para resistir á los continuos ataques que de Francia, Dinamarca, Rusia y hasta de Austria se dirigirían contra ella si no se supiera que los ejércitos alemanes les rechazarían? Despotismo y militarismo son los únicos conceptos que contiene el cerebro de un republicano español respecto á la Alemania actual.

Para tomar obras serias é informarse respecto al país lejano no hay estímulos suficientes. Hablar un poco de Heine, Schiller y Göthe se puede en último caso también sin haberles leído, y hacer comparaciones *geniales* entre la ciencia francesa y alemana, cuyo resultado es que las últimas no han hecho nada y sólo han obscurecido *la clara inteligencia latina* (cito textos célebres) con sus conceptos absurdos. «El socialismo alemán es una *bêtize*, como todo alemán;» me dijo una gloria

española convencida de que había otra vez descubierto á América. Aprender el alemán ó hacer un viajecito á Berlín ó Viena ó á otro de los muchos centros intelectuales de los países nuestros, no puede exigirse buenamente, aunque me parece digno de imitación por parte del gobierno español lo que hacen los franceses de mandar jóvenes aprovechados á las universidades alemanas para llevar los adelantos que allá encuentren á su patria. Francia lo hace con fines de revancha; España debiera hacerlo con fines altamente humanitarios y cosmopolitas, para que las dos naciones se penetren mútuamente y se comuniquen lo bueno y útil que tengan cada uno. Alemania no necesita hacerlo, porque nosotros, que vivimos en España, desempeñamos este papel importantísimo de intermedios, y no pasa cosa alguna de importancia en España, tanto en letras, artes, industria ó cualquier otro concepto, sin que los paisanos en nuestra patria no reciban idea cabal de ella. Hay miles de alemanes que conocen á España mejor que muchos españoles, como había miles de alemanes que co-

nocían en 1870-71 á Francia mejor que los mismos franceses.

Los países alemanes son muy difíciles de conocer, porque no basta haber visto Berlín para juzgar de Alemania y de la nación alemana, repartida en tantos estados diferentes, en instituciones, costumbres y en ideales y aspiraciones. Para nosotros los alemanes mismos cuesta mucho trabajo y muchos viajes, pues de otro modo no podemos conocernos. El espíritu nacional es individualista, y en política, por consiguiente, federalista, sin que el lector español se asuste por esto.

«Alemania está roída por el espíritu de separatismo, y una guerra contra Francia no encontrará á los alemanes tan unidos como en 1870,» me han dicho muchos españoles con aire de conocedores del asunto.

¿Cómo probarles lo contrario?

Lo que yo personalmente he observado, y yo soy en Alemania propiamente dicho, como livonés casi extranjero, tanto en Berlín como en Leipzig y Munich, es que la nación entera irá á una guerra contra los franceses como

los espartanos iban contra sus enemigos con gritos de júbilo y ceñidas las frentes con flores El entusiasmo será indescriptible, contagioso. Todo el descontento acumulado por los últimos años de dificultades económicas y políticas con que lucha la patria alemana, se convertirán en un solo grito de odio y venganza contra Francia. Sí, venganza por las innumerables ofensas que los franceses dirigen diariamente contra Alemania y contra todo alemán que tiene contacto personal con ellos. A mí mismo me ocurrió en París y Lyon tener que buscar á media noche otra fonda tan pronto como el dueño supo que era alemán.

Algo de esto ha comprendido el *spirituel* novelista francés Jules Claretie, que estuvo con su amigo Bérardi en un *restaurant* de teatro en Berlín rodeado por la chusma del arte escénico, que se divertía bebiendo, comiendo y sacrificando á la Venus el resto de sus encantos, cuando el amigo se puso al piano y entonó la W*ach am Rhein,* la guardia en las orillas del Rhín. Como por encanto desapareció la chusma, y

en vez de ella vió el francés un grupo de fanáticos que cantaba con entusiasmo indescriptible la canción de odio á Francia, el himno nacional. Sacerdotisas de Venus se transformaron en sacerdotisas del dios de la guerra. Del mismo modo serán los patriotas más entusiastas los adversarios de Bismarck y los autonomistas alemanes, que hoy tanto atacan al Imperio y engañan al extranjero respecto á los verdaderos sentimientos de la nación.

La raíz de la grandeza de la nación alemana hace imposible quizás para los extranjeros penetrar en el país y comprender sus verdaderas aspiraciones. Así, pues, no pueden saber que bajo esta superficie de exclusivismo nacional que tienen que ostentar contra un mundo enemigo en armas, son los alemanes, por carácter y por educación, cosmopolitas que sueñan con una literatura universal que contenga lo más bello de todos los pueblos del mundo, y miran hacia los horizontes del porvenir buscando la aurora de la gran era de paz universal, vaticinada por Leibnitz y anhelada por Lessing, Enrique

Heine y tantos otros compatriotas míos.

¡Qué diferencia de estas aspiraciones y las de la Francia victoriosa! La felicidad de los pueblos, la inteligencia mutua sin imposiciones y jefaturas de ninguna clase, este es el ideal alemán, y el de los franceses el dominio exclusivo de la *grande nation*, imposición en las letras y en la vida social y política. No se me ha escapado que hay muchos españoles que sienten el rubor de la vergüenza pintar sus mejillas al ver la degradación de su patria respecto á Francia, que comprenden el desdén con que les miran y juzgan los franceses y saben lo mucho que perjudica este vasallaje al desarrollo de su nación; pero no encuentran medios para contrarrestar esta corriente poderosa y no tienen el valor cívico de unirse para trabajar sistemáticamente contra ello.

Y se necesita para esto mucho valor y energía, porque pronto se les echaría en cara que son *germanófilos*. Contrarrestar la corriente francesa en España no significa hacer propaganda para el germanismo, pero en realidad será el

efecto el mismo; porque cada nación necesita recibir del mundo exterior impulsos nuevos, como el individuo lo necesita de la sociedad, y dadas las condiciones actuales de la civilización europea, sería inevitable que la corriente extranjera francesa fuera reemplazada por una corriente alemana aún mucho menos poderosa y de ningún modo avasalladora. Nosotros los alemanes no queremos una España afrancesada y tampoco germanizada, lo que queremos con toda el alma es una *España independiente*, moral, intelectual y políticamente y *original*. Sí, original; que reaparezca en todo su brillo el carácter antiguo de la España del siglo XVI y XVII, y que renazcan las letras y las artes españolas. Una España verdaderamente española es nuestro ideal; sería un complemento de nuestras letras, de nuestras artes, de nuestro sentir y pensar; y en este hermoso país, bañado por el Mediterráneo y el Atlántico, buscarían nuestros poetas y artistas las inspiraciones y aquel sentido de la belleza formal que no encuentran en los países del Norte.

En nombre de estos ideales cosmopolitas, exigimos que España sea grande, que reuna las repúblicas españolas de América en un gran entusiasmo patriótico y que renazca á nueva vida el gran pueblo español, que tantos monumentos indestructibles ha dejado por su marcha en la historia, y se ponga al frente de la raza latina, no para avasallar á las demás naciones, sino para moralizarlas y dirigirlas hacia el bien de la humanidad y el progreso.

En virtud de estos ideales cosmopolitas, tengo el derecho de hablar en alta voz á los españoles y permitirme decirles la verdad desnuda, como yo la entiendo.

Este lenguaje no será comprendido por muchos que no han salido aún de los estrechos horizontes del *nacionalismo*. Oigo la voz de muchos que suelen decir á todo reproche por parte de un extranjero, que las cosas de España sólo importan á los españoles. No, señores; Dios ha dado á Adam el mundo entero, y yo tengo el derecho de elegir mi casa donde me plazca, sin que nadie se atreva á recordarme que no he naci-

do por casualidad en tal ó cual rincón del globo.

Si tiene V. tanto que criticar, me preguntará el lector, ¿por qué ha venido V. á España?

Por cierto era una tontería, bajo muchos puntos de vista, y sólo me la perdono al ver mi santa familia y pensar que cuando me vaya del país habrá muchas personas que no me olvidarán..... y lo más seguro de no ser olvidado es hacerse odiar ó tener muchos acreedores. Al menos podré decir una vez al contar en las largas noches de invierno á mis paisanos de Livonia las hazañas mías en el país de las célebres manzanas..... no de la ligera Eva, sino de los jardines célebres de los Hebrides..... que he vivido mucho; pues *odiar es vivir*, diría el primer orador del Universo, si no pecara tanto por lirismo y se inclinara tanto al sentimentalismo de colegial de dieciseis años.

Sin embargo, así como un decreto de Carlos I de Inglaterra obligó al terrible Oliverio Cromwell á desistir de su viaje proyectado á América, para

más tarde cumplir su gran misión de vengador contra el rey, así me obligó á mí á desistir del viaje preparado á los bosques eternos del Brasil la invitación de mi amigo D. Isidoro López Lapuya de dirigir con él una revista alemana en Madrid. Ya estuve con un pie en América, ya sabía el precio de los vapores—sólo me faltaron los fondos para hacer el viaje—y hasta me encontré ya en Lisboa mirando con anhelo hacia la tierra prometida y volviendo las espaldas á España, al pasado.

Acepté gustoso el ofrecimiento que me daba la posibilidad de hablar á mis anchas del país donde he sufrido tanto, con el fin de que los innumerables abusos se remedien y que mis sucesores que vengan, como yo, al país festejado por todos los poetas, no sufran tantas desilusiones como yo. Estos móviles eran suficientes para que yo fijara de nuevo mi residencia en España. Sin embargo, la Revista, que de este modo llegó á la publicidad, bien merece que consigne aquí sus orígenes por la importancia que ya ha alcanzado en el

corto plazo de su existencia, á pesar de cuanto se ha dicho en contra suya.

D. Isidoro L. Lapuya, cuya integridad de carácter es digna de toda alabanza, había iniciado en el año 1886 un movimiento de reemigración de los judíos, cuyos antecesores fueron expulsados de España hace siglos: un movimiento generoso, que siempre hará honor á las personas que lo iniciaron y adelantaron. La idea de justicia hacia estos antiguos ciudadanos españoles, que hoy aún conservan las tradiciones, la lengua y el cariño entrañable á su antigua patria, dispersos por todo el mundo, en Amsterdám, Hamburgo, Franckfort, Viena de Austria, Salónica, Smyrna, Constantinopla y otras partes, era y es una imposición ineludible del siglo *humanitario* por excelencia, y L. Lapuya ha sido la persona á la cual corresponde la gloria de haber dado el primero forma concreta á este ideal.

Como era natural, el gran movimiento tenía que luchar contra innumerables intrigas dentro y fuera del país, y su iniciador se vió pronto abrumado bajo el peso de la responsabilidad, vo-

luntariamente aceptada, por numerosas familias judías refugiadas de la barbarie del czar y del populacho de Rusia, que se habían acogido á esta esperanza de encontrar en España una patria. Yo he visto estos judíos, con sus niños, correr por las calles de Madrid, encontrando únicamente amparo en su protector, quien con una bondad digna de encomio sacrificaba todo lo que tenía para ellos.

Entonces fué cuando le conocí; vino acompañado por los judíos, con sus extraños largos gabanes, para que yo me entendiera con ellos en ruso, única lengua, además de unas pocas nociones de alemán, que conocían. Presté mi modesto apoyo debidamente para aliviar la angustiosa situación de la pobre gente, y de este modo tenía ocasión de apreciar las cualidades del Sr. L. Lapuya, y me enteré de la historia interior del movimiento iniciado, que por cierto no es muy lisonjera á muchos judíos en París, Viena, Alemania, Rusia, Rumania y otros países que no correspondieron á las aspiraciones, ideales y á las justas esperanzas que se

habían hecho en España respecto á ellos.

Para dar una historia documentada y detallada de este movimiento; para que los que más tarde quisieran otra vez prestar su apoyo tuvieran ya una idea clara y terminante, para eso quería el Sr. L. Lapuya publicar su historia documentada y detallada; y porque aquélla fuera leída por las personas interesadas, creyó preciso publicarla en alemán y francés.

De ahí nació la idea de publicar un periódico alemán, que le sirviera como órgano y que fuera leído en todas partes. Siguiendo mis consejos, aceptaba la forma y el carácter más adecuados y más en conformidad con el gusto del público alemán, de revista política y literaria, que se publicara en Madrid en idioma alemán y únicamente se ocupara con asuntos de España. Ambos comprendíamos cuánto pudiera contribuir una publicación de este carácter á propagar nociones exactas respecto á este bello país, demasiado alejado del movimiento europeo, y á estrechar los lazos de amistad que unen

las naciones alemana y española, y que reunidas pudieran alcanzar tanto en política como en literatura, y en todas las esferas de la actividad humana, el primer puesto entre los pueblos civilizados. Ambos comulgábamos en la necesidad de hacer propaganda para esta inteligencia, cuyos saludables efectos, para alemanes y españoles, no pueden aún hoy ser comprendidos en toda su magnitud.

Sobre esta base nos era fácil entendernos, y pocas semanas después, el 1.° de Noviembre del año pasado, salió el número primero. ¡Qué mezquinos parecen en frente de estos móviles desinteresados y bellos ideales las suposiciones de cierta gente que juzga sólo por sus propios fines ruines y sólo busca en todo la pudredumbre y el fango. La *Spanisch-Deutsche Revue* es órgano de los judíos y costeada por ellos, dijeron los unos y los otros la pusieran en relación con ciertas combinaciones de alta política sacando utilidad de mi calidad de corresponsal de la *Gaceta de Colonia*.

La imparcialidad es una gran cosa,

y supone elevación de miras y superioridad de bueno sobre las pasiones, y esto tanto más cuando se trata rendir justicia á personas contra las cuales abrigamos antipatías ó recelos personales. Los españoles son una nación viril, con energías vehementes, y como tales, se dejan llevar por sus pasiones á odios precipitados y funestos; pero les creo incapaces á ciertos recelos, propios de las mujeres, que se observan en la nación francesa, esencialmente femenil y afeminada, que se desahogan con ridiculeces nimias, con persecuciones y expulsiones de extranjeros, y no sólo de alemanes, sino de italianos, españoles y otras nacionalidades.

Con gran satisfacción hubiera hablado aquí detenidamente de las relaciones literarias, políticas y sociales hispano-francesas é hispano-alemanas, pero lo suprimo por demasiado largo, y además me pudieran tachar de parcial. Me limito á citar sólo un párrafo de una correspondencia desde Berlín á *El Liberal*, que en pocas líneas dice mucho al que quiere entenderlo:

«Cuando un francés hizo representar

en París *Lohengrin*, de Ricardo Wagner, hubo, como es sabido, escándalos y desórdenes que impusieron una prohibición: en cambio, en Berlín es recibida con los brazos abiertos y aplaudida con entusiasmo una compañía francesa, y por añadidura venida del mismo París, que representa todas las noches operetas francesas. El público berlinés es sin duda el más cosmopolita. Ya he dicho muchas veces en estas cartas, que en Berlín se representan normalmente y como de repertorio dramas de Calderón, de Lope de Vega, de Moreto, de Echegaray, etc., cosa imposible en París, aun durante los días álgidos del conflicto de las Carolinas, en que los entusiasmos por España llegaron al delirio. ¿Quiére V. saber qué es lo que ahora se representa dos veces por semana en el teatro principal de Berlín, es decir, en nuestra primera escena? Pues se representa *El alcalde de Zalamea,* y nadie ve en ello inconveniente alguno, antes por el contrario, mucha complacencia.

»Que se armen caramillos por asuntos políticos ó por cuestiones aduane-

ras, puede pasar; pero que se nos deje tranquilos en el dominio superior de las bellas artes, que tienen por patria el mundo entero.»

—¿Y para qué nos dice V. todo esto en mal castellano? Me preguntarán muchos lectores.

—Mire V., querido lector, la Iglesia Apostólica Romana tiene una institución cuyo efecto psicológico saludable, demuestra por sí sólo la profundidad de los Santos Padres, que según me afirman otros padres, la han introducido, y es..... la confesión.

¡Qué alivio después de haberse desahogado contra sus enemigos! ¡Qué gozo poder decir: me he vengado! Sin duda, el odio contribuye más á la felicidad que el amor—entre otras razones poderosas, porque la naturaleza humana tiene sólo una primavera corta para el amor y todo un otoño é invierno largos para el odio,—y el gran filósofo de Frankfort Arturo Schopenhauer lo afirma, y dice que lo más triste que le ocurre en la vejez es que sus enemigos se mueren uno tras otro, y

que ya no le queda nadie que le pueda envidiar su gloria, y en cuya rábia malévola se deleitaba.

Con esta confesión general mato á la vez dos pájaros: primero, gano los goces de la confesión mencionada sin pasar por la contrición, y segundo, me proporciono muchos enemigos, pan bendito para mi felicidad, sin los cuales me pareciera la vida harto sosa, y además—y aún no he olvidado los sueños idealistas de mi juventud—he hecho mayor servicio á la nación española que todos los discursos de D. Emilio Castelar, y me he hecho meritorio por la literatura y los escritores españoles en tanto grado que ya no dudo que la Academia de la Lengua y la de Ciencias políticas é infinidad de Sociedades me nombrarán socio corresponsal, de mérito, de número, ordinario, etc., etc. Vamos, soy hijo de mi siglo, y esto no peca de modestia.

Casi hubiera olvidado decir al fin á todas las plumas y lenguas agudas que no se molesten por mí; si los Alejandros de hoy tuvieran la costumbre de

buscar los Diógenes, ya me hubieran encontrado, y yo tendría ocasión de decirles que se quiten del sol y que todo lo demás no me importa un bledo.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	Pesetas
Russlands Culturbedeutung.....	3'50
Wanderungen in Spanien und Portugal	6'25
El Nihilismo y la política rusa.....	1
Der Baltische Fœderalist, 1 6.....	6
Der Conflict um die Karolinen und die Revolution in Spanien.....	1
Im Banne Andalusiens (in Vorbereitung)....	6'25

Traducciones

Das Finale Normas.....	3
Kapitán Veneno	3
Ricardo, oder Geschichte eines Herzens.....	5
Der Coelibat.....	3

Biblioteca de la Spanisch-Deutsche Revue

MADRID: SAN LEONARDO, 5, DUPLICADO

En Preparación

El Redactor, novela española, por I. V. *Widmann*, traducida del alemán, 1 peseta.

Los Señores de Bewer, novela contemporánea, por Paul *Lindau*, traducida del alemán, 2 pesetas.

Las relaciones exteriores de España, por Ernesto *Bark*. I La cuestión de Marruecos.—II La jefatura latina.—III Las alianzas españolas, 2 pesetas.

Spanisch Deutsche Revue

Revista mensual hispano-alemana para literatura, política y comercio

con un suplemento mensual en español

Dirigida por

D. Isidoro L. Lapuya y D. Ernesto Bark

MADRID, SAN LEONARDO, 5, DUPLICADO

Por trimestre, 5 pesetas.

Número suelto, 1,25; anuncios á 25 céntimos línea.

Esta Revista es indispensable á todos los extranjeros que siguen el movimiento literario, político y social de España, y para los españoles que quieran saber lo que fuera se dice de su país.